



Francisco de Rojas Zorrilla

La traición busca el castigo

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Francisco de Rojas Zorrilla

La traición busca el castigo

Personas

DON ANDRÉS DE ALVARADO.

DON JUAN OSORIO.

DON GARCÍA DE TORRELLAS.

DON FÉLIX.

DOÑA LEONOR DE CABRERA.

DOÑA JUANA TORRELLAS.

INÉS, criada.

MOGICON.

Músicos

Jornada primera

Sale MOGICON huyendo de DON ANDRÉS, vestidos de soldados.

DON ANDRÉS. O me tenéis por menguado,

o os parezco muy sufrido,

hermano, ¿os he recibido

por consejero o criado?

MOGICON. Que agradezcas es razón

que te he aconsejado bien.

DON ANDRÉS. ¿Por qué ha de querer también

discurrir un berganton?

MOGICON. Si moralicé leal

ya te dejo tu albedrío.

DON ANDRÉS. ¿Moral me sois, hijo mío?

A Granada a ser moral.

MOGICON. Conmigo eres un Nerón.

DON ANDRÉS. Idos.

MOGICON. ¿Que aquesto has de hacer?

DON ANDRÉS. ¿Por ser Nerón queréis ser

mi Séneca, picarón?

¿No os vais?

MOGICON. No estés temerario.

DON ANDRÉS. Esto he de elegir por medio.

MOGICON. ¿No hay remedio?

DON ANDRÉS. No hay remedio.

MOGICON. Pues cuenta, y venga el salario.

DON ANDRÉS. Pues que siempre obedecí
cuanto habéis aconsejado,
yo he sido vuestro criado,
pagádmelo vos a mí.

MOGICON. Pues si airado y temerario
dices que no has de pagar,
vive Dios que he de cobrar
en consejos mi salario.

DON ANDRÉS. Pues yo no me he de burlar
si más consejos dais vos,
y os juro también a Dios
que no os tengo de pagar.

MOGICON. No importa.

DON ANDRÉS. Pues empezad.

MOGICON. Mi naturaleza obre.

Aconseje yo y no cobre.

DON ANDRÉS. No pague y aconsejad.

MOGICON. Darle consejos intento.

DON ANDRÉS. No pagarle determino.

MOGICON. Esto quiero.

DON ANDRÉS. Esto imagino.

MOGICON. Adiós salario; oye atento.

DON ANDRÉS. Tente, que el intento dejo.

MOGICON. ¿Es porque no te reprehenda?

DON ANDRÉS. Llévate toda mi hacienda
y no me des un consejo.

MOGICON. Pues determinado estás,
perdona esta impertinencia,
sólo te pido licencia
de preguntarte no más

lo que deseo saber,
que es raro tu nuevo modo.

DON ANDRÉS. Pues pregúntame, que a todo
te quiero satisfacer.

MOGICON. Cuanto a lo primero es

lo que quiero preguntar,
¿por qué has de galantear
a cuantas mujeres ves?

¿Para qué pretende errada
tu llama desvanecida
desde la más conocida
hasta la menos ajada?

Tú por tema peregrina,
que no puede ser pasión,
de las damas del balcón

eres el galán de esquina;
cuando huye de ti tirana
dama con desdén bizarro,
la enamoras de catarro
tosiéndole a la ventana,
y enhebra tu idolatría
tal suspiro por despojo,
que le metes por el ojo
de cualquiera celosía;
dama que en terrado viva
de ti no se ha de escapar,
porque la has de enamorar
también de tejas arriba;
y para que tu pasión
se conozca en su porfía,
haces la figutería
de tentarte el corazón;
deste estado a otro más bajo
mil veces te vengo a ver,
porque sueles descender
desde el moño al estropajo.
Y, en fin, tan mal te aconsejas
de tu tema satisfecho,
que haces lo que nadie ha hecho,
que es enamorar a viejas.
De noche, yo he de decillo,
de celos libre y desdén,
vas a repasar también
las damas del baratillo;
las niñas y viejas, loco
procuras, según te escucho,
unas porque saben mucho,
y otras porque saben poco;
tanto a todas te provocas
que te he visto muy severo
enamorar a un toquero
sólo porque traía tocas;
y así yo soy de opinión,
viendo tu perpetuo arrobo,
que eres grandísimo bobo
o muy grande socarrón.
DON ANDRÉS. Mira, Mogicon.
MOGICON. Señor.
DON ANDRÉS. Yo, aunque ves que peno y muero,
a todas pienso que quiero
y a ninguna tengo amor;
cuando a una y otra mujer

doy una alma en sacrificio,
es que tengo este mal vicio
de enamorar sin querer;
cuando finge mi rigor
celos con justos desvelos,
no me han pasado los celos
por la puerta del amor;
y pues de mi saber quieres
cómo a todas se enamora,
oye esta cartilla agora
para todas las mujeres.
Llamo a la hermosa deidad,
y digo con gran medida
que no alabo su hermosura
sino aquella honestidad;
cuando en otras ocasiones
rendiré a una fea intento,
digo que su entendimiento
rendirá los corazones;
cuando a una vieja a hablar llego,
que esta es la mayor pensión,
la digo muy socarrón
que cautiva aquel sosiego;
cuando con tranquilidad
llego de una gorda al puerto,
la aseguro que soy muerto
por damas de gravedad;
si a una flaca llego a ver,
la digo muy admirado,
fingiéndome enamorado,
¡qué espíritu de mujer!
Fingiendo amorosa llama
si una puerca se me ofrece,
la digo: ¡Qué bien parece
el descuido en una dama!
A las que van por la calle
les dice mi desvarío,
a la pequeña: ¡qué brío!
a la Giralda: ¡qué talle!
Y fingiendo que me muero,
engañando aquí y allí,
unas me quieren a mí
y otras piensan que las quiero;
y así sin queja y desdén,
muy señor de mi albedrío,
de las que me aman, me río,
y de las que no, también.

MOGICON. Tú has tomado un ejercicio
en que no te has de perder,
alégrome de saber
que enamorabas de vicio;
mas sabe que me consumo
que tan poco amor te cueste,
aunque mejor vicio es este
que tomar tabaco en humo;
mas dime, Señor, agora,
pues lo puedo preguntar,
di, ¿por qué has de enamorar
a mujer que otro enamora?
Si hay otro que ame primero
que tú a otra dama, al instante,
si él es religioso amante,
tú su hermano compañero;
sácame de esta duda,
de aquel que está enamorado.

¿Qué demonio te ha tentado
a ser su amante de ayuda?
¿De una vez no me dirás,
pues tú no te satisfaces
de su dama, por qué lo haces?

DON ANDRÉS. Por darle celos no más;

¿Hay cosa que mejor sea,
ni la puede haber mejor
como ver mudar color
a un amante de jalea?

¿Hay gusto como saber,
cuando yo empiezo a fingir
que él por mi la ha de reñir
y ella ha de satisfacer?

Y así tú te desengaña
sin que te venza el temor,
que ya que haya mal amor
ha de haber linda cizaña.

MOGICON. ¿Y si hallas en tus desvelos,
cuando en estas cosas das,
uno que supiese más
de estocadas que de celos,
y cuando a fingir empieza
tu amor con muy linda maña,
a cuenta de la cizaña
te rompiese la cabeza?

DON ANDRÉS. Dos cosas hay olvidadas,
que son, si saberlas quieres,
el reñir por las mujeres

y las calzas atacadas;
que están ya, por vida mía
todos con muy lindo seso;
Allá en tiempo de don Bueso
era cuando se reñía;
que el que con feliz estrella
logrará su dama intente,
con ella ha de ser valiente,
mas no ha de reñir por ella.

(Llaman.)

MOGICON. El diablo te entenderá,

¿han llamado?

DON ANDRÉS. Sí.

MOGICON. ¿Quién es?

DON GARCÍA. (Dentro.)

¿Está en casa don Andrés
de Alvarado?

MOGICON. En casa está:

entre quien es.

DON ANDRÉS. Ya se ha entrado.

¿Qué es lo que queréis mandar?

Sale DON GARCÍA.

DON GARCÍA. A solas os quiero hablar.

DON ANDRÉS. Seguro es este criado.

DON GARCÍA. Que es caso de honra advertid
y a determinarle vengo.

DON ANDRÉS. Yo sé el criado que tengo.

DON GARCÍA. Pues escuchad.

DON ANDRÉS. Pues decid.

DON GARCÍA. Yo me llamo don García

de Torrellas, con mi nombre

de mi fama y de mi sangre

digo las obligaciones.

Nací en mi casa el segundo,

tan bien quisto de lo noble,

que con decir que lo soy

conoceréis que soy pobre;

sea en las justas de amor,

o en la palestra de Jove,

si no es segundo mi ingenio,

es el primero mi estoque;

y si asta acerada esgrimo,

postro a la fiera bicorne,

alimentos que da el cielo

siempre a los hijos menores.

Tres lustros gozaba apenas,

cuando el Dios por ciego torpe

en el papel de mis años
quiso imprimir sus arpones.
Junto a mi casa, ¡ay de mí!
vivía una dama, ¡oh, logren
esta voz la lengua y labio
la queja y la voz conformes!
Tan hermosa, pero aquí
sobran las ponderaciones,
que siempre es mayor belleza
la que un infeliz escoge;
supo mi amor de mis ojos,
que no hay tan honestas voces
como aquellas que el recato
a la pasión interpone.
Y, al fin, como es elocuente
de amor el llanto, entendióme,
dando a mis atrevimientos
indignados suspensiones;
disculpéme en su hermosura,
y viendo su enojo entonces,
de la más airada Venus
fui el más recatado Adonis;
mas no pudiendo aguardar
de sus iras el desorden,
si obediente a sus decretos
obstinado a mis ardores,
a irritar volví su llama,
hasta que mi afecto indócil
lo que en lágrimas no pudo
quiso conseguir en voces;
dájela, en fin, mis cuidados,
porque no es razón que ahorre
miserable de mi voz
decentes adulaciones;
solicitada a mi queja
y persuadida, creyóme,
porque es muy de la hermosura
dar crédito a las pasiones.
Pedí a su padre a Leonor,
que este es de mi dama el nombre;
pero como son molestos
los agasajos de un pobre,
desatento a mis verdades
y airado a mis persuasiones,
si antes de Leonor descuida,
desde hoy a mi dueño esconde;
y viéndome fluctuar

por el mar de mis dolores,
y en el golfo de mi llanto
perdido el imán y norte,
y viendo que ya el aurora
con perezosos ardores
de su sol erró el aviso
y de sus luces el orden,
errado y ciego llamé
a mi sufrimiento a voces,
y al puerto de mi silencio
todas mis iras se acogen;
y como sólo un tabique
de nuestras dos casas pone
estorbos a nuestro amor,
amor que imposibles rompe,
por la frágil quebradura
de una pared, permitióme
tal vez su voz a mi oído
tal mi llanto a sus temores;
desta manera ha seis años
que roca a mi queja inmóvil,
de mi desengaño mismo
estoy sufriendo los golpes,
y como por el resquicio
desta pared me dispone,
o su voz, o mi desdicha,
mal declarados favores,
sufro amante, espero firme
a que enlace o que eslabone
artífice el Himeneo
yugos de dos corazones:
ya labrado en sus finezas,
purificado en sus soles
el diamante de mi fe
se mira lucir al tope;
y cuando no hay en Valencia
quien este amor no pregone
con retórico silencio
cuando no con mudas voces,
vos solo desentendido,
o mal advertido joven,
Argos hecho de su calle,
sois lince de sus balcones,
desde que luciente el alba
en nuestro oscuro horizonte
sumiller de plata al sol
la rubia cortina corre,

hasta que para enmendar
lo que ha borrado la noche,
de luces prestadas borda
montes la diosa triforme.
De su balcón y su puerta
sois estatua tan inmóvil
que ni la luz os extraña
ni la sombra os desconoce;
si va a divertir pesares
Leonor, como el sol, en cocke,
sois la sombra de su luz,
y si a corregir las flores,
la escuela de algún jardín
Leonor primavera escoge,
vos, con vuestra flor de amante,
miráis sus ojos por norte;
si a Leonor miro de lejos,
me usurpáis mis atenciones;
si al templo voy a rezar,
reparáis mis estaciones;
si al campo voy a la caza
a divertir mis dolores
buscando a mi Dulcinea,
os hallo en él, don Quijote;
no llego a corro en la plaza
donde luego no me topen
vuestros deseos por ver
si hablo de Leonor entonces;
no hay acción que no os incite:
si toser quiero, acabóse,
pensando que es seña al punto
toséis con catarro doble;
tanto, que de llano un día
con la daga me di un golpe
por ver si el diablo os tentaba
a daros otro de corte.
Pues perdoneme mi dama
y el recato me perdone,
que si por su casa y calle
movéis los pasos veloces,
y si por cuidado o yerro,
que en vos todos son errores,
donde yo pongo sus plantas
ponéis imaginaciones;
y si viéndome parado
no camináis por entonces,
y si cuando galanteo

no os vais de la parte donde
hayan puesto mis deseos
modestas inclinaciones,
voto a Dios, que a cuchilladas
tan justa venganza cobre...;
mas ya todo mi amor dije;
mi enojo ya se conoce;
Leonor estima mis penas,
yo idolatro sus dos soles,
reprimirme es imposible,
yo soy amante y soy noble;
vos sabéis que a Leonor quiero,
y veis mis obligaciones;
sufriros fuera desaire,
no avisaros yo desorden;
pues reprimid, pese a vos,
o enmendad vuestras pasiones,
haciendo siempre al revés
cuanto haga al derecho, porque
vengaré mañana en iras
lo que hoy aviso en razones. (Vase.)
DON ANDRÉS. Pues si así se satisface
vuestra injuria, oíd mi amor.
(Va tras él don Andrés y detiéndole Mogicon.)
MOGICON. No vayas tras él, Señor,
que eso es hacer lo que él hace.
DON ANDRÉS. Déjame ver, Mogicon,
castigada su osadía.
MOGICON. Detente, por vida mía,
mira, no tienes razón:
«Dos cosas hay olvidadas,
que son, si saberlas quieres,
el reñir por las mujeres
y las calzas atacadas.»
DON ANDRÉS. Dices bien, que ya me acuerdo
de lo que te dije aquí.
MOGICON. Pues si eso es, Señor, así,
pórtate prudente y cuerdo.
DON ANDRÉS. Otra cosa habla pensado
que mayor riesgo tenía,
y a fe que el tal don García
me dio un poco de cuidado.
MOGICON. Pues ¿qué cuidado, Señor,
a más recelo te llama
que galantear su dama
y entrarte a buscar?
DON ANDRÉS. Mayor.

MOGICON. No puede ser: no lo creo.

DON ANDRÉS. Pues esas dudas allana.

MOGICON. ¿Qué es?

DON ANDRÉS. Que éste tiene una hermana,
y también la galanteo.

MOGICON. ¡Ya escampa! ¿Y no has de dejar
a su dama?

DON ANDRÉS. No podré.

MOGICON. ¿Y no me dirás por qué?

DON ANDRÉS. Porque en llegando a pensar
que hay otro amante que intente
que apague a ardiente mi ardor,
no hay salsa para mi amor
como el mismo inconveniente;

y aunque olvidarla quisiera,
que no he de poder infiero,
porque solamente quiero
donde quieren que no quiera.

MOGICON. Mira, por Dios, que barrunto
que cuanto mudable aquí
enamoras de por si
vendrás a pagar por junto.

DON ANDRÉS. Desde hoy a Leonor adoro,
y obre el acierto después.

Sale DON FÉLIX.

DON FÉLIX. ¡Ha desta casa!

DON ANDRÉS. ¿Quién es?

¿Quién se ha entrado aquí?

MOGICON. Otro moro.

DON FÉLIX. Don Andrés.

DON ANDRÉS. Señor don Félix,
en hora dichosa venga

a honrar esta casa suya;

¿Qué mandáis?

DON FÉLIX. Sólo quisiera
que echéis de aquí este criado.

MOGICON. (Aparte.)

Oigan el diablo la tema
que tienen todos conmigo.

DON ANDRÉS. Seguro es.

DON FÉLIX. Aunque lo sea.

DON ANDRÉS. Pues vete.

DON FÉLIX. Toma esta silla.

DON ANDRÉS. Empezad.

MOGICON. (Aparte.)

Esta es pendencia

un poco más sosegada.

DON FÉLIX. ¿No os vais?

DON ANDRÉS. Acaba, ¿qué esperas?

(Vase al paño.)

MOGICON. ¡Hay tal viejo! Yo me voy
a escuchar aunque no quiera.

DON FÉLIX. ¿Conocéisme?

DON ANDRÉS. Ya os conozco.

Don Félix sois de Cabrera.

DON FÉLIX. Es mi sangre...

DON ANDRÉS. Vuestra sangre
se iguala a vuestra nobleza.

DON FÉLIX. Mi hacienda...

DON ANDRÉS. También la sé:
dos mil ducados de renta.

DON FÉLIX. ¿Sabéis que tengo una hija?

DON ANDRÉS. Sé también que su belleza
es norte a los corazones

que en el mar de amor navegan.

DON FÉLIX. Su virtud...

DON ANDRÉS. Es conocida.

DON FÉLIX. Su discreción...

DON ANDRÉS. ¿Quién la niega?

DON FÉLIX. Pues supuesto que sabéis

de mi sangre, de mi hacienda,

de mi hija y su hermosura,

de su recato y prudencia,

a una merced que os suplico

me dad prudente respuesta:

don Andrés, si sois prudente,

y sabéis con experiencias

cuán escrupulosa es

de un noble honor la conciencia,

aconsejad mi cuidado;

me arrojo desta manera

porque errores del silencio

se han de enmendar con la lengua;

digo, pues, que vos amante,

o amor obstinado sea,

o sea fácil deseo

que el enojo fragua en temas,

habrá seis meses que espía

de mi casa y de mis rejas

andáis mirando por dónde

se puede entrar esta fuerza;

mas yo que de mi honor soy

vigilante centinela,

sintiéndoos por enemigo,

toqué al arma de mis penas;
señor don Andrés, el alba
asoma apenas risueña
cuando os averigua Clicie
del sol de mi amada prenda,
cuando Argos de mis balcones
con atención desatenta
sacrílego profanáis
el templo de mi nobleza;
ya vuestros intentos son
conocidos en Valencia;
vos de las murmuraciones
sois indicente materia,
y mi honra fluctuando
en el mar de tantas lenguas,
cuando allí próspera corre,
allí dudosa tropieza;
el recato de Leonor
todos a una voz confiesan;
pero también puede haber
alguno que no lo crea.
Señor don Andrés, yo tengo
muchos años y experiencia,
y no acabo de entenderos
aunque examinaros quiera;
vos no miráis a mi hija
para dama, es cosa cierta,
porque sabéis su virtud
y no ignoráis mi nobleza;
vos para propia mujer
tampoco, que si eso fuera,
quien sabe por fuerza amarla
me la pidiera por fuerza;
pues en mi casa no hay
después de Leonor quien sea
pretensión de vuestro amor,
si no es que a mi me pretenda.
Don Andrés, hablemos claro,
por rica, noble y discreta,
tengo tratado casar
por cartas en Orihuela,
con un hidalgo a Leonor,
de tan conocidas prendas
que él la merece, si hay
alguno que la merezca;
espérole cada día,
y así quiero antes que venga,

pues vos queréis a mi hija,
pagaros yo esta fineza;
y si por saber acaso
esta mi intención secreta
para pedirme a Leonor
no se atrevió vuestra lengua,
pues sois rico y principal,
sea esta la vez primera
que pide el honor partidos
al mismo que los desea.
Casada tuve a Leonor,
mas viene a ser conveniencia
romper por una palabra
porque un honor no se pierda;
y hoy, lo que ninguno ha hecho,
mi honor y mi fama os ruegan
con Leonor, por sanear
de una vez tantas sospechas:
descífrase ya esta enigma
tan difícil, aunque cierta,
que con entenderla todos,
no hay ninguno que la entienda;
favorable el Himeneo
en suaves brazos prenda
dos corazones que une
y dos almas que concierta.
Ea, ¿qué me respondéis?
¿Qué os embaraza, qué os hiela?
¿Tan retórico el deseo
y vuestra voz tan suspensa?
¿Qué respondéis, don Andrés?
Ea, decid.

DON ANDRÉS. Que me pesa
de haber tenido con vos
tan imprudente paciencia.
(Levántanse de las sillas.)

DON FÉLIX. Pues decid, ¿qué ofensa os hago
que me habláis desa manera?

DON ANDRÉS. Si me venís a casar
¿puede haber mayor ofensa?
Debiera desafiaros
si vuestra edad menos fuera,
o a los cantones de Italia,
o al neutral país de Lieja.

DON FÉLIX. Pues advertid...

DON ANDRÉS. ¿Qué decís?

DON FÉLIX. Que si otra vez desatenta

o indócil vuestra pasión...

DON ANDRÉS. Todo aquello que no sea
que me caséis, sufriré.

DON FÉLIX. Si solicitáis mis puertas,
si por mi calle pasáis...

DON ANDRÉS. ¿Oís? De aquesa manera
le amenazaban a Zaide
en el libro de las guerras.

DON FÉLIX. Este es desprecio.

DON ANDRÉS. Es valor.

DON FÉLIX. Pues don García Torrellas
es tan bueno como vos,
y esto nadie...

DON ANDRÉS. ¿Quién lo niega?

DON FÉLIX. Pues no le he dado a Leonor,
aunque amante sufre y ruega
y aunque la pide, y a vos
os la doy...

DON ANDRÉS. Esa fineza

agradezca don García,
pues tiene tan buena estrella
que no la queréis casar
aunque casarse pretenda,
y yo soy tan desgraciado
con vos en esa materia,
que a mí sin que yo os la pida
me queréis casar con ella.

DON FÉLIX. En fin, ¿no admitís mi ruego?

DON ANDRÉS. Tengo el alma muy soltera.

DON FÉLIX. Pues de hoy más si procuráis...

DON ANDRÉS. Vuestras iras ¿qué aprovechan?
No me caséis, y matadme.

DON FÉLIX. ¡Hay tal desprecio!

DON ANDRÉS. ¡Hay tal tema!

DON FÉLIX. Yo cumplí mi obligación
de mi honor en mi promesa.

DON ANDRÉS. Yo cumplo con no admitirla
la de mi naturaleza.

DON FÉLIX. Pues dadme agora palabra...

DON ANDRÉS. No tengo palabras hechas.

DON FÉLIX. De no querer a Leonor.

DON ANDRÉS. De buena gana os la diera;
mas ¿qué sé yo si podré
aunque quiera no quererla?

DON FÉLIX. Pues admitid mi deseo
si la queréis.

DON ANDRÉS. Eso fuera

no quererme bien a mí.

DON FÉLIX. A resolución tan nueva
hay acero y hay valor.

DON ANDRÉS. Esto no ha de ser pendencia.

DON FÉLIX. Sí, porque ha de ser venganza.

DON ANDRÉS. Lo que vos quisieréis sea.

DON FÉLIX. Pues yo casaré a Leonor.

DON ANDRÉS. Casalda.

DON FÉLIX. (Aparte.)

Porque merezcan
escarmiento estos intentos;
y supuesto que no venga
don Félix, que ya le espero,
de aquestas cenizas muertas
llamas han de renacer
mas airadas y sangrientas,
que el valor no tiene canas
aunque el semblante las tenga. (Vase.)

MOGICON. El viejo va despachado;
mas lindo despacho lleva.

DON ANDRÉS. ¿Mogicon?

MOGICON. Señor.

DON ANDRÉS. Casarme
quería.

MOGICON. Buena la hicieras.

DON ANDRÉS. ¿Escuchaste?

MOGICON. Soy criado;

¿Mas dime agora qué intentas?

¿Piensas proseguir?

DON ANDRÉS. Sí pienso.

MOGICON. Los estorbos son pimienta
del amor.

DON ANDRÉS. No dices mal.

MOGICON. En mi vida quise hembra

que me costase barata;

cuando dos almas se estrechan

y en lo mejor de los lazos

hay una madre a quien teman:

«Guarda no oiga la vecina,

guarda mi hermano no venga,

ay si vendrá mi marido»,

y deudos desta ralea.

Este sí es amor que pica;

pero cuando hay desvergüenza,

-¿Quién es?- tu tía, -no importa;

tu hermano, -este se halla fuera;

tu madre, -no entrará acá;

tu vecino, -que me vea;
tu marido, -que ya salgo;
este es amor con llaneza,
y así no daré por él
ni dos higos ni dos brevas.

DON ANDRÉS. Siempre los inconvenientes,
como es ave amor, le celan;
y tanto es esto verdad
que como hoy me han hecho fuerza
don Félix y don García
para que a Leonor no quiera;
aunque venga mal tocada
esta Leonor, he de verla,
he de hablarla, he de servirla,
y aún pienso que he de quererla.
Ea, vamos a su calle.

MOGICON. Pues, Señor, ojo a la reja
y manos a don García.

DON ANDRÉS. Calla, necio, no le temas,
que cuando quiera reñir,
sólo porque no se pierda
la honra de la tal dama,
me ha de sufrir.

MOGICON. Esa cuenta
sin la huésped: su espada
hecha está, mas no bien hecha.

DON ANDRÉS. Ea, vamos.

MOGICON. Vamos, pues.

DON ANDRÉS. A que don García vea...

MOGICON. ¿Quién se ha entrado en esta casa?

Sale DON JUAN OSORIO vestido de camino.

DON JUAN. Quien con mil deseos llega
a recompensar en lazos
cuanto ha llorado en ausencias.

DON ANDRÉS. Amigo don Juan Osorio,
¿qué es esto? ¿Vos en Valencia?

DON JUAN. Sí, amigo.

MOGICON. Señor don Juan...

DON JUAN. Mogicon, amigo.

MOGICON. Seas
más bien llegado que el plazo
de una paga cuando es cierta.

DON ANDRÉS. ¿De dónde venís?

DON JUAN. De Flandes.

DON ANDRÉS. Y ¿qué hay en Flandes de guerra?

DON JUAN. Que entró el príncipe Tomás
talando toda la tierra,

que su Alteza fue a Cambray.

DON ANDRÉS. Ya yo sé también que en ella
dio calor o dio socorro
a un tiempo a las dos fronteras.

DON JUAN. El Rey de romanos baja,
y aquesta campaña esperan
que el ejército que estaba
en la Alsacia a Flandes venga.

DON ANDRÉS. ¿Y después que yo me vine
ha habido alguna interpresa?

DON JUAN. Desde el Esquenque ninguna;
y dejando esta materia
para otro tiempo, sabed
que en otra Flandes más nueva
vengo a militar amante
del amor en la bandera,
y como soldado alisto
mis sentidos y potencias
en la mejor compañía
que puede elegir la idea;
aventajado soldado
soy de una beldad tan bella,
que fue el socorro y la paga
permitirme que la quiera,
sabed...

DON ANDRÉS. Habladme más claro.

DON JUAN. Pues porque mejor se entienda
mi deseo...

DON ANDRÉS. ¿Cómo fue?
Acabad.

DON JUAN. Desta manera:
ya os acordáis cuando en Flandes
fue nuestra amistad estrecha
pienso que la más segura
después de ser la primera:
ya galanes en el circo,
valientes en la palestra,
fuimos envidia de Adonis
y fuimos de Marte afrenta.
Cuando sonoro el clarín
hirió el viento en diferencias,
puesto que tal vez irrita
y tal en las lides templa,
a embestir y a retirar
tal impulso nos gobierna,
que si nos manda la ira
nos atajó la obediencia,

sin reservar el trabajo
de la fajina y trinchea,
del artificial reducto,
de la espía y centinela;
al riesgo siempre dispuestos,
fuese sangre o fuese estrella
lo voluntario en los dos
pensábamos que era fuerza;
éramos comparación
de la amistad verdadera,
porque nunca la estrechó
ni interés ni conveniencia.
Supistes que vuestro padre
era muerto, y siendo fuerza
venir a España a tomar
posesión de vuestra hacienda,
pedistes licencia en Flandes
y conseguisteis licencia
a intercesiones y ruegos
del de Aytona y del de Lerma
(Téngalos Dios en su gloria;
mas, vive Dios, que me pesa
que estén tan presto en el cielo
porque hacen falta en la tierra);
volvisteis, al fin, a España,
quedé sin vos en Bruselas
muy sin mí, porque erais vos
móvil desta inteligencia;
pasaron, en fin, tres años,
y habrá dos meses apenas
que mi padre me escribió
que hiciese las diligencias
posibles para venirme,
porque casado en Valencia
me tenía por conciertos
con una deidad tan bella
que enviándomela pintada
la idolatré verdadera;
pedí licencia con plazo,
dificultoso alcancéla,
tomé postas, dejé a Flandes,
dime en Dunquerque a la vela,
desembarqué en la Coruña,
llegué a Madrid, vi las fiestas
que al Rey de Roma triunfante
celebra el cuarto planeta;
y, en fin, habrá quince días

que sin que haya quién me vea,
en Valencia con recato
juez de mi causa mesma
examino las virtudes
de mi esposa, si hay en ella,
sea de sangre o de honor
defectos que el vulgo crea.
Por la sumaria de celos
hay testigo que confiesa
que hay aquí dos caballeros,
de igual calidad y prendas,
que ambos son de su sol rayos
y ambos de sus luces señas;
sólo el nombre sé del uno,
mas sé que los dos intentan
del fuego en lo insuperable
arder con nueva materia,
y en el descargo de honor
todos dicen que desprecia
la que espero por esposa
su constancia y su fineza;
los más dicen su virtud
y los menos su prudencia,
y es porque nunca el recelo
su voz permitió a la lengua;
su calidad es sabida,
es conocida su hacienda,
y su hermosura es tan grande
como mi amor, pues no pierda
por ser querida mi esposa;
defecto es de su belleza
y no de su inclinación
que haya quien la adore y quiera;
mejor es para mujer
por ser más segura y cuerda
la que resiste rogada
que la buena a quien no ruegan;
que si una no fue querida
y otra rogada desdeña,
esta no puede blandear
y puede torcer aquella;
y así tengo de querer
al alma de mis potencias,
al móvil de mi albedrío
y a la luz de mis tinieblas.
Vos habéis sido mi amigo
en la paz como en la guerra;

se anuden segunda vez
la fe y voluntad estrechas:
no os vengo a pedir consejo,
porque esta pasión secreta
si primero estuvo lince
agora se obstina ciega;
que me ayudéis como amigo
es lo que mi amor desea;
yo la he visto, obró el deseo;
yo la adoré, fue violencia;
busco el premio, soy amante;
para que a un tiempo merezca
deseo, amor y esperanza,
premio, lealtad y fineza.

DON ANDRÉS. Amigo, yo he estado atento,
y vive Dios que me pesa
que se casen mis amigos;
mas si ello ha de ser por fuerza
y no podéis más con vos,
que yo bien sé que pudiera
no casar, más si queréis
que a ser vuestro amigo vuelva,
me haced gusto de enviudar
lo más presto que ser pueda.
¿Y quién es esa señora?

DON JUAN. Conmigo habéis de ir a verla,
y luego sabréis quién es.

DON ANDRÉS. ¿Y no es posible que sepa
quién son estos dos galanes
que a esta dama galantean?

DON JUAN. Es el uno... mas no quiero
hablar en estas materias
hasta que estemos muy solos;
lo que me falta es que venga
a servirme Mogicon,
que tengo un criado fuera
desde ayer.

DON ANDRÉS. ¿Qué, fue a llevar
a vuestro padre la nueva
de la venida?

DON JUAN. Sí, amigo,
está de aquí treinta leguas;
y ha más de seis años ya
que no le he visto.

DON ANDRÉS. Pues ea,
Mogicon, ve con don Juan.

MOGICON. Obedezco lo que ordenas.

DON ANDRÉS. Ea, vamos a casarnos.

DON JUAN. Dentro de casa me espera,
en tanto que Mogicon
avisa a su padre.

DON ANDRÉS. Ea,
aquí os espero.

DON JUAN. Pues luego
voy a buscaros la vuelta.

DON ANDRÉS. En fin, ¿que os queréis casar?

DON JUAN. Es influjo de mi estrella.

DON ANDRÉS. Muy linda estrella tenéis.

DON JUAN. Yo no la escogí.

MOGICON. ¿Qué esperas?

Ea, vamos a nupciarnos.

DON JUAN. Deja siempre aquella tema
de no querer a ninguna.

DON ANDRÉS. A una adoro.

DON JUAN. ¡Cosa nueva!

¿Por qué?

DON ANDRÉS. Porque me han pedido
por fuerza que no la quiera.

DON JUAN. Ese es apetito solo.

DON ANDRÉS. Y es también naturaleza.

DON JUAN. Luego me diréis quién es.

DON ANDRÉS. Y vos, quién es vuestra prenda.

DON JUAN. Amigo.

DON ANDRÉS. Deso me precio.

DON JUAN. Adiós.

DON ANDRÉS. Adiós.

MOGICON. Bien se ordena.

DON JUAN. Luego vuelvo.

DON ANDRÉS. Yo os aguardo.

DON JUAN. Quiera el cielo...

DON ANDRÉS. El cielo quiera...

DON JUAN. Que os vea yo enamorado.

DON ANDRÉS. Que yo sin amor os vea.

(Vanse.)

Salen DOÑA LEONOR, sin manto, y DOÑA JUANA con él, y INÉS, criada, cerrando la
puerta.

DOÑA LEONOR. Entra, acaba, doña Juana,
ese hombre me tiene muerta;

¿no has cerrado ya la puerta?

INÉS. Sí.

DOÑA LEONOR. Pues cierra esa ventana.

INÉS. Ya la ventana he cerrado.

DOÑA LEONOR. ¡Que tenga yo esta pensión!

DOÑA JUANA. ¿No me dirás la ocasión

que te obliga a este cuidado?

DOÑA LEONOR. Repáralo todo, Inés.

DOÑA JUANA. Di, ¿qué te inquieta, Leonor?

Dime, ¿es amor?

DOÑA LEONOR. No es amor,
aborrecimiento es.

INÉS. Nuestro tal don Andrés tarda,
pero que vendrá imagina.

DOÑA LEONOR. Amiga, junto a esa esquina
tengo un amante de guarda
que ha dado en que me ha de amar,
yo en que le he de aborrecer;
mis desdenes le hacen ser
más firme, y hago cerrar,
porque cuando le desdena
todo mi enojo, imagina
que en vez de irse de la esquina
responde con una seña,
y cierto de aquesta suerte...

DOÑA JUANA. Quitarme el manto querría,
(Quítase el manto.)

Pues mi hermano don García
sabe que he venido a verte,
y como te quiero tanto...

DOÑA LEONOR. De tu amistad estoy cierta.

INÉS. ¿Para pasar una puerta
de aquí a tu casa traes manto?

DOÑA LEONOR. Quítasele, acaba.

DOÑA JUANA. Ten.

INÉS. Tarde pienso que te irás.

DOÑA LEONOR. Parece que triste estás.

DOÑA JUANA. Y tú estás triste también.

DOÑA LEONOR. Pues declara tu dolor.

DOÑA JUANA. Tus sentimientos humana.

DOÑA LEONOR. Dime tu mal, doña Juana.

DOÑA JUANA. Dime tu pena, Leonor.

DOÑA LEONOR. Yo vivo sin albedrío.

DOÑA JUANA. Y mi daño es inmortal.

DOÑA LEONOR. Mi padre causa mi mal.

DOÑA JUANA. Y mi hermano causa el mío.

DOÑA LEONOR. Mi anciano padre indignado
me castigó con crueldad,
pues contra mi voluntad
me pretende dar estado.

DOÑA JUANA. A todo tu mal es llano
que igual mi mal viene a ser,
pues no me deja querer

a quien me adora mi hermano.

DOÑA LEONOR. Luego mayor es mi mal.

DOÑA JUANA. Luego más es mi dolor.

DOÑA LEONOR. Dile, veamos si es mayor.

DOÑA JUANA. Dile, veamos si es igual.

DOÑA LEONOR. Pues para esta pena mía
toda tu atención prevén,

sabe que yo quiero bien

a tu hermano don García.

DOÑA JUANA. Igual esta llama es

al incendio en que yo muero,

que yo quiero a un caballero

que se llama don Andrés.

DOÑA LEONOR. ¿De Alvarado?

DOÑA JUANA. Amiga, sí.

DOÑA LEONOR. Que estás engañada infiere,
que ese caballero quiere...

DOÑA JUANA. ¿A quién quiere? Dilo.

DOÑA LEONOR. A mí.

DOÑA JUANA. No dese triunfo blasones,

a mi me ama don Andrés.

DOÑA LEONOR. Ese caballero es

por quien cierro los balcones.

DOÑA JUANA. No el curso a mi voz impidas

cuando a esta ignorancia pasas,

que como están nuestras casas

tan juntas y tan unidas,

presume tu desvarío,

que no tu imaginación,

que enamora tu balcón

y es que está mirando el mío.

DOÑA LEONOR. ¿Y cuando se llega aquí

y por fuerza quiere hablar?

DOÑA JUANA. Eso es por disimular

que me está queriendo a mí.

DOÑA LEONOR. ¿Eso cómo puede ser,

porque cómo ha de haber, di,

hombre que me quiera a mí

a la luz de otra mujer?

DOÑA JUANA. Ni conmigo habrá en rigor

hombre si lo has de advertir,

que aunque empezase a fingir

no me cobre luego amor.

DOÑA LEONOR. Pues que a mí me quiere infiero.

DOÑA JUANA. Yo digo que me enamora.

DOÑA LEONOR. ¿Mas para qué quiero agora
que me quiera quien no quiero?

DOÑA JUANA. Dices bien, déjame a mí
el galán que estimo y precio.

DOÑA LEONOR. Como no sea en mi desprecio
yo lo dejo.

DOÑA JUANA. Al caso.

DOÑA LEONOR. Di.

DOÑA JUANA. Mi hermano, airado y cruel,
viéndole galantear,
digo que ha dado en tomar
tan grande temor con él
que con indignos recelos
hoy salió a darle a entender...

DOÑA LEONOR. ¿Ves cómo se echa de ver
que esos que tienes son celos?

DOÑA JUANA. Que son de mi honor infiere.

DOÑA LEONOR. Ya es cansada esta porfía
pues los tiene don García
de ver que esotro me quiere.

DOÑA JUANA. Dime si mi hermano es
en quien pusiste tu amor,
¿qué te importará Leonor,
que me quiera don Andrés?

DOÑA LEONOR. Querer a tu hermano intento.

DOÑA JUANA. Pues ¿por qué te has indignado?

DOÑA LEONOR. ¿Pues para qué me has contado
que me ama de cumplimiento?

DOÑA JUANA. Pues tu enojo se mitigue,
ya digo por tu decoro
que yo soy la que le adoro.

DOÑA LEONOR. Ahora dices bien, prosigue.

DOÑA JUANA. Prosigue tú, que no estoy
para esperar tu porfía.

DOÑA LEONOR. Digo, pues, amiga mía
que tan infelice soy...
mas no sé cómo lo digo
que mi padre ¡pena fiera!
que llegue a Valencia espera
por instantes mi enemigo;
este repetido ardor
que logre tu hermano espero,
mas como ha de ser primero
mi obediencia que mi amor,
temo que...

Sale INÉS deteniendo a DON GARCÍA.

INÉS. Tente, Señor.

DON GARCÍA. Deja entrar.

INÉS. Es un delirio:

mira mejor.

DON GARCÍA. Estoy ciego.

INÉS. Considera.

DON GARCÍA. Estoy perdido.

DOÑA LEONOR. ¿Quién es?

DON GARCÍA. Quien a vuestro cielo

aún más que amante rendido

sin ceremonias dedica

toda un alma en sacrificio;

el que a ver su vida y muerte

quiere parecer más fino,

que el morir de aquel dolor

en vivir de aqueste alivio;

una mariposa es,

que por suerte o por instinto

viene a recobrar tu llama

parasismo a parasismo.

El que quiere descontar

con ver tu rostro divino,

entes de razón que al alma

como verdaderos finjo.

DOÑA LEONOR. Tened, señor don García,

decidme, ¿quién os ha dicho,

decid, que ser arriesgado

es lo mismo que ser fino?

Inés, cuida desas puertas.

¿Qué violencia o qué destino

os embaraza arrojado

y os precipita remiso?

Dentro en mi casa os entráis,

anteponiendo atrevido

todo un deseo tan vuestro

a todo un honor tan mío;

en el contrato de amor

sabed que es mal parecido

con máscara de fineza

querer venderme un delito;

yo os quiero a vos algo más

de lo que me amáis, y os pido

que más mío recatéis

cuanto más vuestra reprimo,

ese no poder sufrir

dejad para el apetito,

que no es amante el amante

que no sabe ser sufrido;

moderad...

Sale INÉS.

INÉS. ¿Señora?
DOÑA LEONOR. ¿Inés?
¿Qué quieres?
INÉS. Buena la hicimos;
tu padre...
DOÑA LEONOR. ¿Le ha visto entrar?
INÉS. No lo sé, pero te aviso.
DOÑA LEONOR. No se ha de esconder.
DOÑA JUANA. ¿Por qué?
DOÑA LEONOR. Porque vengo hacer delito
de mi inocencia segura.
DOÑA JUANA. Recatarlo solicito.
DOÑA LEONOR. Ábrele y entre.
INÉS. Yo voy.
DOÑA JUANA. Advierte que...
DON GARCÍA. Estoy perdido.
DOÑA JUANA. Viéndole aquí...
DOÑA LEONOR. ¿No es mejor,
porque si acaso entrar le ha visto
que le halle cortés amante,
que no galán escondido?
DOÑA JUANA. Mira que tiene recelo.
Sale DON FÉLIX.
DON FÉLIX. Albricias, hija, te pido,
de que el Señor don García...
¿Qué de indicios averiguo?
¿Vos en mi casa? ¿Qué es esto?
DON GARCÍA. En este instante he venido
por mi hermana.
DON FÉLIX. Está muy bien;
pero agora no habéis de iros,
que sin que salgáis de aquí
habéis de ver que he cumplido
con mi honor.
DON GARCÍA. ¿De qué manera?
DON FÉLIX. Como en este instante mismo
he de casar a Leonor.
DON GARCÍA. ¿Qué decís?
DON FÉLIX. Esto que digo;
con esto la dejaréis.
DON GARCÍA. (Aparte.)
¿Hay dicha igual? Él ha visto
mi amor y su obligación,
y por sanar los indicios,
de haber entrado en su casa
quiere casarla conmigo.
DOÑA LEONOR. (Aparte. Pues en el mar de mi llanto

surquen mis ojos tranquilos,
pues me ha dado por esposo
al que por amante elijo.)

Agradecida, Señor...

DON GARCÍA. Humilde y agradecido...

DON FÉLIX. No me agradezcáis los dos
lo que hago por mí mismo.

DOÑA LEONOR. ¡Hay tal dicha!

DON GARCÍA. ¡Hay tal contento!

DOÑA LEONOR. Feliz soy.

DON GARCÍA. Dichoso he sido.

Sale MOGICON.

MOGICON. Don Juan Osorio, el que viene
a ser indigno marido

de doña Leonor, vuestra hija,

licencia viene a pedirnos

para tomar posesión

de su mujer.

DON FÉLIX. Ya le he dicho

que suba.

DOÑA LEONOR. ¡Cielos, qué es esto!

DON GARCÍA. ¡Qué es esto, cielos; qué he oído!

DOÑA LEONOR. Luego yo...

DON FÉLIX. Ya estás casada.

DON GARCÍA. Luego yo no he merecido...

DON FÉLIX. ¿Ya no os he desengañado?

DOÑA LEONOR. Advértele que yo digo...

DON FÉLIX. No me repliquéis ahora;

pues ¿cómo tú?

DOÑA LEONOR. No replico.

INÉS. El novio.

DOÑA LEONOR. ¡Infeliz estrella!

¡Muerta estoy!

DON GARCÍA. ¡Estatua vivo!

Sale DON JUAN y DON ANDRÉS.

DON ANDRÉS. Llegad, don Juan, ya que habéis
hablado a su padre. (Aparte. Altivos

pensamientos de mi infamia,

dejadme vivir conmigo.)

DON JUAN. A vuestra grande hermosura,

a vuestros ojos divinos,

que de los yerros de amor

son imanes atractivos,

por milagro o por deidad

un amor os sacrífico,

si con audacias de joven

con los temores de niño.

Hermosísima Leonor,
objeto no merecido,
para pintado imposible
y posible para visto,
hoy llego...

DOÑA LEONOR. Tened, Señor,
¿para qué son los suspiros,
que quiero... (Ap. No sé fingir.)
(Díceselo a don Andrés.)

DON FÉLIX. Decidme, ¿a qué habéis venido
a mi casa, caballero?

¿No sabéis que si me indigno,
serán mi voz y mis ojos
para daros el castigo
si ella incapaz, rayo ellos,
inmortales basiliscos?

¿Quién os ha traído agora
a intentar...

DON JUAN. Yo le he traído.

DON FÉLIX. Pues advertid...

DON JUAN. ¿Qué decís?

DON FÉLIX. Que don Andrés...

DON JUAN. Es mi amigo.

DON FÉLIX. Ha intentado...

DON JUAN. Acompañarme.

DON FÉLIX. Solicitar atrevido...

DON JUAN. Que no me case, es verdad.

DON FÉLIX. ¿Por qué?

DON JUAN. Ya sé sus designios;
porque le parece mal
que se casen sus amigos.

DON FÉLIX. Pues no ha de estar en mi casa
hasta que...

DON JUAN. Acabad, decidlo.

DON FÉLIX. Hasta que estéis desposado.

DON JUAN. Obedeceros elijo.

DON FÉLIX. ¿De qué suerte?

DON JUAN. Esta es mi mano.

DON ANDRÉS. No os caséis: parad, amigo,
no me echéis a mi la culpa
de lo que hacéis por vos mismo.

DON JUAN. Yo a Leonor estimo y quiero.

DOÑA LEONOR. ¡Hay tal pena!

DON GARCÍA. ¡Hay tal martirio!

DON JUAN. Permitidme vuestra mano.

DON FÉLIX. Acabad.

DOÑA LEONOR. ¡Cielos divinos!

Pues que siempre tan airados,
sed sola esta vez propicios.

DON ANDRÉS. (Aparte.)

¡Que se viniese a casar
con la dama a quien yo sirvo.

Ignorante de mi amor,
el mayor amigo mío!

DON JUAN. Ea, ¿no me dais la mano?

DOÑA LEONOR. (Ap. Enigma de nieve asisto.)

Esta es mi mano, señor

Don García; mas ¿qué he dicho?

(Turbada y volviendo la cara a don García.)

DON GARCÍA. ¿Me llamáis?

(Llégase.)

DOÑA LEONOR.

No hablo con vos.

DON JUAN. (Aparte.)

¡Viven los cielos divinos!

Que es este aquel caballero
de quien supe por indicios
que a Leonor pretende amante;
disimular es preciso.

DON GARCÍA. (Aparte.)

¡Que el corazón se pasase
a mi lengua!

DON JUAN. (Aparte.)

¡Que haya oído
equivocado aquel nombre
con mi nombre!

DON GARCÍA. (Aparte.)

¡Que haya visto
ahora en poder ajeno
el dueño que fue tan mío!

DON ANDRÉS. (Aparte.)

¡Que haya tres inconvenientes
que aviven mi incendio tibio!

DON FÉLIX. (Aparte.)

¡Que pronunciase Leonor
el nombre de mi enemigo!

DON JUAN. (Aparte.)

¿Que aqueste es el don García
que amante la ha pretendido!

DOÑA LEONOR. (Aparte.)

¡Que inadvertido mi padre
me forzase mi albedrío!

DON GARCÍA. (Aparte.)

Pues apagase esta llama
que es indigno precipicio

querer mujer a quien logran
otros abrazos más dignos.
DON ANDRÉS. (Aparte.)
Pues arda eficaz mi incendio
si cuanto más le resisto,
el mismo querer vencerle
es aumentarle más vivo.
DOÑA JUANA. (Aparte.)
Pues corrijase mi pena
a colegir por indicios,
que es para Leonor su amor,
pues es para mí su olvido.
DON GARCÍA. (Aparte.)
De hoy más no la he de querer.
DON ANDRÉS. (Aparte.)
De hoy más amarla imagino.
DON JUAN. (Aparte.)
Disimular es forzoso.
DOÑA LEONOR. (Aparte.)
Templar mi llanto es preciso.
DON FÉLIX. Vamos, Leonor.
DOÑA LEONOR. Señor, vamos.
DON FÉLIX. Venid, don Juan.
DON JUAN. (Aparte.)
Muerto vivo.
DON GARCÍA. Ven, hermana.
DOÑA JUANA. (Aparte.)
¡Qué de penas!
MOGICON. Inés, esto que te digo.
DOÑA JUANA. Adiós, Leonor.
DOÑA LEONOR. Él te guarde.
DON ANDRÉS. Pues adiós, don Juan.
DON JUAN. Amigo,
vámonos
DON ANDRÉS. ¿Qué hay de nuevo?
DON JUAN. Tengo mucho que deciros.
DON ANDRÉS. ¿Tan presto?
DON JUAN. El mal nunca tarda.
DON ANDRÉS. ¿No sabéis lo que imagino?
DON JUAN. ¿Qué?
DON ANDRÉS. Que aún no os habéis casado
y ya estáis arrepentido.

Jornada segunda

Sale DOÑA LEONOR e INÉS con una luz.

INÉS. ¡Qué! ¿Tan presto estás vestida?

¿Qué es esto?

DOÑA LEONOR. Ya ha amanecido;

mata esta luz; no he tenido

tan larga noche en mi vida.

INÉS. Templa entre tantos cuidados

esas lágrimas amargas,

todas las noches son largas

para todos los casados.

DOÑA LEONOR. ¡Ay Inés! mi sentimiento

crece en mis ansias mayor,

porque pienso que mi amor

me usurpó mi entendimiento;

no sé de mí.

INÉS. ¿Pues qué ha sido?

DOÑA LEONOR. No me hables, que estoy mortal.

INÉS. ¿No me contarás tu mal?

Dime lo que ha sucedido;

para templar los enojos

deste mal que te provoca,

llorándole por la boca

pronúnciale por los ojos.

DOÑA LEONOR. Este no entendido agravio

se hace en lágrimas veloz,

¿qué le faltara a mi voz

si consintiera a mi labio?

INÉS. Pues por consolar así

tu mal, o para templarle,

hazte fuerza en declararle.

DOÑA LEONOR. Oye lo que pueda.

INÉS. Di.

DOÑA LEONOR. Ya sabes, Inés hermosa,

esto es fuerza repetir,

cómo quise a don García

y cómo él me quiso a mí.

INÉS. Y que por esa pared

os trasladáis y decís

las palabras una a una,

los requiebros mil a mil.

DOÑA LEONOR. Ya sabes que estoy casada.

INÉS. Y anoche yo misma fui

la que dentro dese cuarto

encerró a don Juan y a ti.

DOÑA LEONOR. Llegóse tierno mi esposo,

porque me vio derretir

de dos venas de mis ojos

uno y otro Potosí;
el lecho solicitaba
y en aquel no le admití,
lo que era aborrecimiento
por recato le vendí;
probé a quitar los adornos,
cuando en batalla civil
mi esposo con su deseo
trabaron dudosa lid;
ayudábame mi esposo
a desnudar, pero allí
cuanto desnudó rogando,
volví temiendo a vestir;
fatigada al fin al ruego
di a mis resistencias fin,
que si es fuerza obedecer
es flaqueza resistir;
la penúltima cortina
corrió deste templo, y vi
que idólatra de mis ojos
se procuraba gentil;
llegué al lecho, ¡oh, no llegara!
¡Muriera primero allí,
pues fue para mí de espinas
el tálamo de jazmín!
Dio a mi pecho sus dos brazos,
y temí llegase a oír
lo que el corazón estaba
hablando dentro de sí;
y dije viéndome ya
a su violencia rendir,
¡Que no naciese yo hermosa
y fuese tan infeliz!
Y como suele el Enero
marchitar y deslucir
flores en tálamo verde
que afaná rojas Abril,
con amor así indignado,
con iras mi esposo así,
por esta flor de mi honor
Rompió el cerrado jardín;
ya en la campaña del lecho
con lágrimas advertí
que esta fuerza de diamantes
se averiguaba rubís,
cuando miro que don Juan,
no sé cómo lo sentí,

deste olmo solicitado
se desenlazaba vid;
volvióme el rostro indignado,
y púseme a discurrir
si en las luces de mi fama
ha puesto sospecha vil
o le parecí tan mal
como él me pareció a mí;
de vana, pues no de amante,
rogando llegué a fingir,
y para no errar mi voz
me fue el discurso adalid;
Esposo, le dije, mío,
¿cómo ingrato no admitís
en aras de vuestro amor
un corazón que os rendí?
Si a la obligación de esposo
quisiste sólo acudir,
porque el examen del lecho
os pondere varonil,
no por daros un aplauso
me hagáis un baldón así,
que no evitáis lo grosero
con triunfar de lo gentil.
Calla, me dijo, Leonor,
que ya no pueden sufrir
mis oídos a tus quejas,
pues dado caso que en ti
haya afectos que declares,
también llevo a presumir
que tus segundos intentos
me han de hacer menos feliz;
aquesta noche has pasado
con llanto, no tan sutil
que al acabar de correr
no le empezase a sentir;
ese tardo suspirar,
ese temprano gemir,
no nace de aqueste amor,
de alguna memoria sí.
Pues ¡viven los cielos! dijo,
aquí fue el desmayo, aquí,
aquí mis ojos murieron
de mi pecho en el cenit.
Aquí el clavel de mis labios
vuelto en cárdeno alelí,
recibió las dos corrientes

que de mis ojos vertí;
de mis dientes traspillados
rechinó el terso marfil,
y del ave corazón
las dos alas abatí;
y al ver, vuelta deste ensayo
a don Juan, probé a decir:
¡Quién se volviera al desmayo
por no hallarle junto a mí!
Volvió el rostro, volví el rostro,
él suspiró, yo temí,
llaméte a que me vistieses,
acabéme de vestir,
salí a esta cuadra en que estoy,
mis cuidados referí;
yo obedezco al dueño mío,
yo tengo amor, y es decir
que he de borrar de mi pecho
el carácter que imprimí;
dos fuerzas me pruebo a hacer,
y es difícil conseguir
aborrecer al que quiero
y amar al que aborrecí;
don García tiene amor
y celos don Juan, pues di,
si intentas templar mi pena,
el medio que he de elegir,
porque agradecida deba,
hallando el dichoso fin,
esta vez a tu consejo
aún más que me debo a mí.

INÉS. Confieso que me ha pesado,
Señora, lo que te pasa;
mas desta primera casa
a la pared han llamado.
(Llaman.)

DOÑA LEONOR. Saber agora querría
esa novedad qué ha sido.

INÉS. Debe de haberte sentido
y llamado don García.

DOÑA LEONOR. ¡Pues cómo tan de mañana!
¿Qué causa le habrá obligado?
Yo llego: ¿quién ha llamado
a esta pared?

DOÑA JUANA. Doña Juana.

DOÑA LEONOR. Que tengas cuenta te pido
no sea que se levante

mi padre.

(Responden.)

INÉS. Voy al instante.

DOÑA LEONOR. Pues don Juan no se ha vestido,
arda este pecho inmortal
voz permita mi cuidado.

DOÑA JUANA. ¿Cómo esta noche has pasado
con el nuevo amante?

DOÑA LEONOR. Mal;

y tú, dime, amiga mía,
¿para qué te has levantado
tan presto?

DOÑA JUANA. No se ha acostado
esta noche don García;
muy malo le hemos tenido.

DOÑA LEONOR. ¿Puedo la causa saber?

DOÑA JUANA. Él te podrá responder.

DON GARCÍA. Leonor, de qué te he perdido.

DOÑA LEONOR. ¿Aquí estabas?

DON GARCÍA. Sí, Leonor;

porque solo vengo aquí
a despedirme de ti.

DOÑA LEONOR. Pues qué, ¿se acabó tu amor?

DON GARCÍA. Pues no puedo merecerle,
porque nací desdichado,
quiérate el que te ha gozado,
que yo intento aborrecerle;
acábese ya este afán.

DOÑA LEONOR. Acábese ya este ardor.

DON GARCÍA. Yo he de olvidar a Leonor.

(Vase.)

DOÑA LEONOR. Yo he de querer a don Juan.

(Hace que se va doña Leonor y topa con don Juan a la puerta.)

DON JUAN. Y yo debo agradecer
a vuestra voz persuadido,
ya que no me habéis querido
que me procuréis querer.

DOÑA LEONOR. (Ap. ¡Ay tan infeliz mujer!

Si a don García escuchó;
pero don Juan sólo oyó,
sólo esto pudo escuchar,
que le solicito amar;
mas que le aborrezco, no.)

Ya veréis mi fe, pues veo
que se trasladó veloz
a lo tibio de mi voz
lo ardiente de mi deseo.

Más triunfo, mayor trofeo
tendréis en este favor,
pues con repetido ardor,
torpe un sentido, otro atento,
leístes mi pensamiento
ya que no oístes mi amor.

DON JUAN. Antes llego a ponderar
preciso vuestro desden,
que si me quisierais bien
no me desearais amar.

Una cosa es desear
querer, y es otra querer:
aborrecer viene a ser
desear amar y olvidar,
luego el deseo de amar
es señal de aborrecer.

DOÑA LEONOR. ¿Cuál hubierais elegido
en mis ansias por mejor,
que olvide, deseando amor:
o que ame, deseando olvido?

DON JUAN. Yo al amor he preferido
aunque aborrecer deseáis,
pues si con firmeza amáis,
que olvidéis no puede ser;
y así, aunque deseáis querer,
puede ser que no queráis.

DOÑA LEONOR. Si; mas no es desden ingrato
desear amar en rigor,
porque nunca hierva amor
si no pone fuego el trato;
luego viene a ser recato
aun en el mejor empleo,
pues cuando por más trofeo
a una discreta pasión
no se pone la afición,
basta poner el deseo.

DON JUAN. Como arde, prueba inmortal
este amor en tu desden.

DOÑA LEONOR. Lo que a un hombre le está bien
a una mujer le está mal.

DON JUAN. ¿Pues el amor no es igual?

DOÑA LEONOR. No; cuando es amor honesto,
que un marido, atiende a esto,
juzga, en viendo voluntad,
que ha sido facilidad
haberle amado tan presto.

DON JUAN. Pues ya sigo tu opinión,

tu amor se labre en el trato,
que por gozar tu recato
sufiré su dilación.

DONA LEONOR. (Aparte.)

Detente, imaginación,
sacrifica tu decoro.

DON JUAN. Súfrate yo; pues te adoro.

DOÑA LEONOR. Pues cesará mi tormento.

DON JUAN. Débame amor lo que siento,
débame amor lo que lloro.

Sale MOGICON.

MOGICON. Sobre una mula, Señor
(bien con esto se encarece),
tan picada, que parece
caballo de regidor,
ha venido en este instante
Beltrán, el criado tuyo.

DON JUAN. Que trae la respuesta arguyo
de mi padre.

MOGICON. Es importante
que vayas, porque te espera
en esa cuadra, Señor.

DON JUAN. Vamos, hermosa Leonor.

DOÑA LEONOR. (Aparte.)

¡Oh cielos, y quién pudiera!

DON JUAN. (Aparte.)

¡Quién pudiera, hermosos cielos!

DOÑA LEONOR. (Aparte.)

Aqueste incendio templar;
pero yo le he de apagar.

DON JUAN. (Aparte.)

Pero cesen mis recelos.

DOÑA LEONOR. (Aparte.)

A un necio desvelo ingrato
hay un cuerdo reprimir.

DON JUAN. (Aparte.)

Porque no pueden mentir
su obligación y recato.

DOÑA LEONOR. (Aparte.)

Ni a García que solía
ser quien me adoró permito...

DON JUAN. (Aparte.)

Por nombrarme no es delito,
que nombrase a don García.

DOÑA LEONOR. (Aparte.)

Que si él es cuerdo y es sabio,
no hará mi error más atroz.

DON JUAN. (Aparte.)

Que no es nuevo que una voz
tropiece al salir del labio.

DOÑA LEONOR. (Aparte.)

Lo que le toca a mi amor...

DON JUAN. (Aparte.)

Lo que le toca a mi pena,
es pensar que es Leonor buena.

DOÑA LEONOR. (Aparte.)

Es pensar que tengo honor.

DON JUAN. (Aparte.)

¿Pues a qué esperando están
estos imposibles celos?

DOÑA LEONOR. ¿Pues qué aguardan mis desvelos?

DON JUAN. Vamos, Leonor.

DOÑA LEONOR. Ven, don Juan.

(Vanse.)

MOGICON. Fuéronse, y quedéme yo;

oigan que disimulados,
no entenderá estos casados
el cura que los nupció.

Sin duda alguna sospecha
le trae desvelado y grave.

Hoy que este don Juan no sabe
cuál es su novia derecha.

Una ignominia muy rara
me admiro que el mundo pase,

¡Que haya hombre que se case
con mujer de buena cara!

¡Que haya hombre tan menguado
que aquello que en puridad
debe ser comodidad,

lo busque para cuidado!

Discurramos: ahora bien,
bajo este punto al amor,
la dama propia es mejor
que sea fea también.

A una dama fea ved
que todo le satisface,
pues piensa que se le hace
el requiebro de merced;

la llaneza que se pasa
con aquella fealdad
y aquella seguridad
con que entra un hombre en su casa;
al fin, no son pedidoras
las feas desmesuradas,

son seguras, recatadas,
son limpias, regaladoras,
y no ha menester celarlas
quien más las quiera celar;
si uno las quiere pegar
no hace lástima el pegarlas.
Esta sí es vida segura,
y la que más me enamora,
y no una dama de agora
toda puesta en su hermosura,
que para cena y comida,
si un hombre la ha de querer,
es necesario traer
el ave Fénix cocida.

Si su amante con pasión
la mira tierno y suave,
se pone más hueca y grave
que juez de comisión.

Aquellos siempre decoros,
aquel siempre desvarío,
la merienda, si va al río,
el balcón, si va a los toros,
dinero para el bolsillo,
las galas, el lucimiento,
a la comedia aposento,
coche al Ángel y al Sotillo;
pues las feas seguir quiero,
si no con amor con fe,
que saben andar a pié
y comen vaca y carnero.

Feas mi atención debida
procure de dos en dos.

Sale DON ANDRÉS.

DON ANDRÉS. Nunca pensé, vive Dios,
enamorarme en mi vida,
y desde que vi a Leonor
muero en inquieto sosiego,
y estoy, siendo el amor ciego,
más ciego que el mismo amor;
¿Pues cómo indócil se atreve
a dejarme a mi albedrío?

MOGICON. El pretérito amo mío
se ha acogido acá que llueve.

DON ANDRÉS. ¿Cómo este ardor no mitigo?

MOGICON. Dime, ¿has visto... pero no.

DON ANDRÉS. ¿Yo he de amar, ingrato, yo,
a la mujer de mi amigo?

MOGICON. (Aparte.)

Paseándose está, por Dios,
y hasta ahora no me ha mirado.

DON ANDRÉS. Pues señor ciego vendado,
yo he de poder más que vos.

MOGICON. (Aparte.)

No he podido perceber
lo que habla entre sí incapaz.

DON ANDRÉS. ¡Flechitas a mí el rapaz!

No te las he de sufrir,
pues he de templar discreto
el fuego que me ha abrasado.

MOGICON. (Aparte.)

O este hombre está enamorado,
o está haciendo algún soneto.

DON ANDRÉS. ¿Yo que siempre he resistido
al amor, intento amar?

MOGICON. Ahora yo le quiero hablar.

Señor, ¿qué te ha sucedido?

¿Hate cogido, Señor,
por triunfador de despojos
con queso de algunos ojos
la ratonera de amor?

DON ANDRÉS. Pues dar materia es forzoso
a este fuego penetrante,

que antes era yo su amante
que don Juan fuese su esposo.

MOGICON. ¡Ah Señor!

DON ANDRÉS. ¿Qué estoy dudando
deste alivio a mi dolor?

MOGICON. ¿Piensas que es cazuela amor
que se digiere paseando?

Que es amorosa pasión
esa que tienes arguyo.

DON ANDRÉS. Que te doy un nombre tuyo
si no callas, Mogicon.

MOGICON. Hablemos en puridad,
pues soy y fui tu criado,
tu estás algo enamorado.

DON ANDRÉS. ¿Qué tenemos? Es verdad.

MOGICON. Eso sí, cuerpo de tal,

ama fino, quiere astuto,
y no te precies de bruto,
que Dios te hizo racional;

ahora quiero agradecerle
ese intento a tu dolor,
que es de hombres tener amor

y de bestias no tenerle.

Ama con resolución
la dama que te admitiere,
que es gallina quien no quiere,
o a lo menos es capón.

DON ANDRÉS. ¡Ay Mogicon!

MOGICON. Señor mío,

¿Qué hay?

DON ANDRÉS. Yo quiero a una dama.

MOGICON. ¿Cómo la dama se llama?

DON ANDRÉS. Es...

MOGICON. Perdona que me río
de mirar lo que en ti pesa
un amoroso cuidado;

Señor, ya que has empezado,
no empieces con tanta prisa.

DON ANDRÉS. Digo que la dama es...

MOGICON. Bien te puedes declarar.

DON ANDRÉS. Sólo a ti debo fiar
mi deseo.

Sale DON JUAN.

DON JUAN. ¿Don Andrés?

DON ANDRÉS. Luego te diré mi amor;
esperad, señor don Juan.

DON JUAN. Yo os vengo a buscar.

DON ANDRÉS. Y yo

también os iba a buscar,
¿cómo estáis?

DON JUAN. Don Andrés, bueno.

DON ANDRÉS. Y de novio ¿cómo os va?

DON JUAN. Luego hablaremos en eso.

Sabed que os vengo a fiar
toda el alma de mi honor.

DON ANDRÉS. Amigos somos, hablad.

DON JUAN. Atended a este papel.

DON ANDRÉS. Ya yo espero que leáis.

DON JUAN. (Lee.)

«Hijo mío don Juan: Vuestro criado me dio vuestra carta, y confieso que me »alivió gran parte de los accidentes desta última enfermedad de mi vida; hijo, »yo muero, y ha seis años que no os he visto: si queréis que mi bendición os »alcance a tiempo, no lo dilatéis para verme; hoy he recibido el último »Sacramento: veaos yo antes que me muera. Dios os guarde. Vuestro padre »-Don Álvaro Osorio.»

¿Ya habéis oído el papel?

DON ANDRÉS. Sí, amigo, y sentido el mal
de vuestro padre.

DON JUAN. Pues yo
voy a verle.

DON ANDRÉS. En fin, ¿os vais?

DON JUAN. Es fuerza, que soy su hijo,
y fuera grande crueldad
que niegue por la de amor
la obligación natural;
de anciano muere mi padre;
mi ausencia y su mucha edad
los dos accidentes son
desta dolencia mortal;
luego, al punto, he de partirme
por ver si puedo lograr
sus brazos antes que llegue
el breve plazo fatal;
sus años, pues, con mi vista
procuraré renovar,
que son los brazos de un hijo
de un padre viejo el Jordán,
y de mi esposa y su padre
estoy despedido ya;
Mogicon, vete allá fuera.
MOGICON. Obedezco.

(Vase.)

DON ANDRÉS. ¿Qué mandáis?

DON JUAN. Amigo, una pena mía
os quiero comunicar,
que purifica un indicio
al crisol de una verdad:
vos sois mi amigo y no tengo
con quien poder descansar.

DON ANDRÉS. Proseguid.

DON JUAN. Si no es con vos...

DON ANDRÉS. Amigo será en la paz
quien supo serlo en la guerra.

DON JUAN. No es ese mi intento.

DON ANDRÉS. Hablad.

DON JUAN. No cortesano os procuro,
soldado os vengo a buscar.

DON ANDRÉS. ¿Soldado estando en Valencia?

DON JUAN. Aquí os he menester más
soldado que en la alta y baja,
con el de Orange y Veimar.

DON ANDRÉS. ¿En qué me buscáis soldado?

DON JUAN. Veréislo si me escucháis.

Por concierto y conveniencia
un día apenas habrá
que don Félix me entregó
la fuerza de una deidad;

con guarnición de deseos
la entré ayer a pertrechar,
cuando para sustentarla
me hallé también incapaz;
dentro de su casa misma,
que fue plaza de armas ya,
era espía de sí propio
de otro campo un capitán:
don García de Torrellas
la llegó un tiempo a asaltar
escalando de sus muros
la altiva capacidad;
a sangre y fuego intentaba
de su constancia triunfar,
sangre siendo aquella fama,
fuego esta voracidad;
pero con ruegos y quejas,
viendo que no puede más,
porque se diese a partido
alzó bandera de paz;
no se rindió a su porfía
Leonor, que cuerda y sagaz
más inexpugnable estuvo
cuando pudo flaquear;
alzó el campo don García,
viendo resistencia igual
en el socorro.

DON ANDRÉS.

Todo eso

lo tengo entendido ya.

DON JUAN. Pues yo que fui incorporada

Defensa desta beldad,

la dejo precisamente

por irme a recompensar

con la debida obediencia

la obligación paternal;

y pues sois siempre mi amigo,

la plaza os pruebo a dejar

de mi maese de campo

a falta de general;

vos, como diestro soldado,

con la vista examinad

si mi enemigo otra vez

quiere esta fuerza sitiar;

los más confidentes vuestros

por soldados alistad,

poniendo siempre atalayas

de mis celos en el mar;

cuidaréis principalmente
si dentro en la fuerza hay
quien pueda entregar por trato
de mi honor esta ciudad;
y no os admire el recelo,
que en los que guardando están
los presidios de hermosura,
suele haber algún neutral;
y si fuere menester
como soldado lidiar,
no aguardéis más orden mía
que la que mi aviso os da.
Todo mi honor pongo en vos,
sólo de vuestra amistad
fiará tan grande cargo,
valiente sois y leal,
pues guardad como atrevido,
como soldado guardad
este presidio, advirtiéndolo,
valiente como sagaz,
que en perdiéndolo una vez
no se puede restaurar.
DON ANDRÉS. Amigo, yo os voto a Dios
que me pesa de verdad
que me encarguéis una cosa
que no sé si he de acertar;
mandáraisme, pesia aquel
que os trujo a casar acá
que hiciera de calvinistas
un jigote a Barrabás:
mandáraisme que a la Holanda
me la trujera a Cambray,
que cualquiera hazaña destas
era hazaña venial;
y no me mandéis que os guarde
vuestra mujer, que esto es más
que ganarle al Rey de Francia
la Rochela o a Roan;
pero pues vos sois mi amigo,
aquesta vez perdonad,
que aunque no de buena seda
os tengo de hablar moral;
la mujer no yerra sólo
en la ofensa, imaginad
que aún más que en la ejecución
yerra en el intento más.
Cuando una propia mujer

se deja acaso llevar
u del deseo, u del ruego,
u de memorias que están
en el carácter impresas
que guarda el alma inmortal,
cuando hay deseo en lo oculto,
y cuando hay facilidad
en los ojos, que ellos son
segundas causas de obrar,
en la más guardada fuerza
hay menos seguridad;
cuando la mujer es buena
por sangre y por natural,
de aquel amoroso fuego
no abrasa la actividad;
mas si el natural no es bueno,
decidme: ¿que importará
curar un mal exterior
si queda interior el mal?
DON JUAN. Leonor es buena, y bien puedo
por su parte confiar;
pero como el riesgo es
del yerro del alma imán,
ya que todas veces no,
tal vez el alma atraerá,
y aunque mi propia confianza
me da la seguridad.
Evitar los riesgos debo,
que un obstinado porfiar
vencerá el bronce más duro
y el más fuerte pedernal;
y, al contrario, aunque mi esposa
no fuera quien es, y allá
dentro de su inclinación
guardara otra voluntad,
castigar lo que yo vea
es lo que me importa más;
mas no castigar aquello
que no puedo averiguar.
DON ANDRÉS. Pues si eso no es más, amigo,
supuesto que os contentáis
con que dese don García
os guarde a Leonor, pensad
que hecho Argos de vuestro honor
la he de servir y guardar.
DON JUAN. Haréis como noble en eso;
sois ejemplo de amistad;

dadme don Andrés los brazos.

DON ANDRÉS. El diablo os hizo casar.

DON JUAN. Ese ya es mal sin remedio.

DON ANDRÉS. Y es sin remedio este mal.

DON JUAN. ¿La guardaréis?

DON ANDRÉS. Es forzoso,
soy amigo.

DON JUAN. Y sois leal,
guardeos el cielo.

DON ANDRÉS. Él os guarde.

DON JUAN. Mucho es lo que me obligáis.

DON ANDRÉS. Y vos con la confianza
me habéis obligado más.

DON JUAN. ¿Qué queréis decir en eso?

DON ANDRÉS. No quiero que me entendáis.

DON JUAN. Pues yo me voy confiado.

DON ANDRÉS. Que he de serviros fiad.

DON JUAN. Déjeme volver el cielo.

DON ANDRÉS. Déjeme el cielo templar.

(Vanse.)

Sale INÉS con una luz, que pondrá sobre un bufete.

INÉS. Por esta cruz, venla aquí,

y por vida de mi abuelo,
y así Dios tenga en el cielo
al padre por quien nací,
a freilas, y esto que digo,
a fe, y voto a tal razón,
que vengo con gran pasión
muy enojada conmigo;
a una pregunta muy clara
procuro satisfacer,
señores, vengo a saber
si yo tengo mala cara.

¿No tengo todas las leyes
para ser perfecta hermosa?

¿Mi cara no es espaciosa
como carreta de bueyes?

¿El que mis orejas vio,
no vio iguales mis orejas:
por lo redondo mis cejas,
no hacen las dos una O?

¿Pues no puede en la letura
de amor con tierno despojo,
ponerse al margen este ojo
del libro de la hermosura?

Luego con justicia fundo
mi hermosura acreditada;

¿Mi boca no es tan rasgada
que parece hijo segundo?
¿No hacen mis dientes menores
a mis facciones cabales
pues son dientes tan iguales
que no pueden ser señores?
¿Y no tengo un hoyo aquí
en la barba penetrante,
donde entierro todo amante
que va muriendo por mí?
¿No soy prendida, curiosa,
no soy muy dama, a fe mía,
y no soy un poco fría,
que es señal de ser hermosa?
Pues ¿cómo este Mogicon,
cómo este nuevo criado,
con verme no me ha mostrado
un adarme de afición?
¿Cómo mirándome a mí,
hermosa a más no poder,
aún no me ha dicho: «Mujer,
¡Qué cara tienes ahí!»?
¿A esta carilla desprecio,
desprecio a aquesta deidad?
¡Oh tontazo en cantidad
de ochenta grados de necio!
Corrida en cierta manera
me hallo de su proceder,
yo no le quiero querer,
pero quiero que él me quiera;
digo que no hay que pensar,
crea el muy entero, crea,
que si no me galantea,
yo le he de galantear;
con esta resolución
le rendiré mi verdad,
que aunque no la voluntad,
me va la reputación.
Sale MOGICON.
MOGICON. Esto es acabado, pues
he salido deste afán;
fuese a Orihuela don Juan,
y me espera don Andrés.
INÉS. (Aparte.)
El viene.
MOGICON. Y pidióme a mí,
viendo mi lealtad tan cierta,

que le abriese cierta puerta.
(Ap. Pero Inesilla está allí,
y esta es ocasión mejor,
aunque hay otras ocasiones,
de decirle dos pasiones
cuatro dedos del amor.)

INÉS. (Aparte.)

Ya determinada estoy,
pues yo le he de enamorar.

MOGICON. (Aparte.)

Ahora yo quiero llegar.

INÉS. (Aparte.)

¡Qué grave está! Mas yo voy.

MOGICON. (Aparte.)

Confieso que voy con susto,
que es moza de buena cala.

INÉS. (Aparte.)

Si me enviara noramala
fuera cosa de buen gusto.

MOGICON. (Aparte.)

¿Qué me tardo? Llego pues.

INÉS. (Aparte.)

¿Qué tardo si he de llegar?

MOGICON. (Ap. Ya la empiezo a requebrar.)

Dulcísima y bella Inés,
más que el almíbar suave
y más blanca que el aurora...

INÉS. (Aparte.)

Oiga, oiga, que me enamora;
pues ahora me pongo grave.

MOGICON. Amor, que es ciego y tirano...

INÉS. (Aparte.)

¿Qué es esto que llego a oír?

Mucho le ha ido a decir
en ganarme por la mano.

MOGICON. Os amo con tal dolor...

INÉS. (Aparte.)

Ya me iba yo a declarar.

MOGICON. Que si me queréis premiar...

INÉS. (Aparte.)

Eso sí, cuerpo de amor.

MOGICON. En dulce y suave lazo
veréis con afectos mil...

INÉS. Puerco, sucio, intenso, vil,
atrevido, bribonazo,
y desmesurado y todo,
decid, ¿quién os trujo aquí?

¿Qué es lo que habéis visto en mí
para hablarme dese modo?

Mendigo, ¿no era mejor,
como amador vergonzante,
entre dos luces de amante
pedir limosna de amor?

Bribón, si queréis comer
amor en otero igual,
idos, pesia tal, por tal
a la sopa del querer.

MOGICON. ¡Señora!

INÉS. Andad, que me pesa;

¿Han visto lo que se atreve?

¡Qué quiera un lacayo aleve
comer en primera mesa!

MOGICON. Oíd.

INÉS. ¿Qué me replicáis?

Pobretón, no me irritéis;

ánimo grande tenéis,
sin camisa requebráis;

(Ap. Damas mías, escuchad
damas de otros, advertid:
cuándo seáis yunques, sufrid:
cuando fuereis mazos, dad.)
(Vase.)

MOGICON. ¡Oiga, oiga, la fregoncilla!

Fregado me ha, vive el cielo,
todo el amor que tenía,
pues le ha puesto como nuevo;
ella se fue, y yo he quedado
más solo en aqueste puesto
que tahúr a media noche
cuando ha perdido el dinero.

Mi amo, ya está entendido,
el pasado como huevo,
que estotro amo a quien sirvo
es amo de cumplimiento,
me ha pedido que le abra,
luego que mire en silencio
toda la casa, esta puerta,
y aunque no sé sus intentos,
a mi me toca no más,
a ley de criado añejo,
ver que estoy sirviendo a un amo
y que a otro amo estoy vendiendo;
mi ama está ya acostada,
Inesilla en su aposento

a la cara y a las manos
las da colación a un tiempo
con linda pasa a la cara,
con linda almendra a los dedos;
allí ronca en esta pieza,
porque es gordo, el escudero,
y como de aqueste cuarto
hoy hemos mudado al viejo,
no puede el viejo sentirnos;
ahora bien, yo me resuelvo
a abrir, porque don Andrés
me estará esperando: pruebo
a torcer la llave; ya
está blanda al primer ruego.

¡Ah don Andrés!

Abre la puerta y entra DON ANDRÉS.

DON ANDRÉS. ¡Mogicon!

¿Qué me dices?

MOGICON. Entra quedo.

DON ANDRÉS. ¿Están recogidos?

MOGICON. Sí.

DON ANDRÉS. Cierra esa puerta.

MOGICON. Ya cierro.

¿Qué intentas?

(Cierra la puerta.)

DON ANDRÉS. No lo preguntes.

MOGICON. ¿Qué ordenas?

DON ANDRÉS. Yo nada ordeno.

MOGICON. Señor, déjame salir
a la calle.

DON ANDRÉS. ¿Tienes miedo?

MOGICON. Quiérole tener.

DON ANDRÉS. Ahora
no puedes salir.

MOGICON. Yo pienso
que entre puertas y por ti

he de llevar pan de perro.

(Ap. Aquí yo he de ver de mi amo
los menores pensamientos.)

(Escóndese.)

DON ANDRÉS. ¿No acabas?

MOGICON. Empiezo ya.

DON ANDRÉS. ¿No te vas?

MOGICON. Ya te obedezco.

(Vase.)

DON ANDRÉS. Esta es la mayor traición,
este es el mayor despecho

que en mudas líneas ocultan
el bronce y mármol eternos.
Una traición vengo a hacer
indócilmente resuelto,
que quien lo es con un amigo
lo es también consigo mismo;
yo a la amistad y a la sangre
rompo los heroicos fueros,
con una llama, aun no amor,
una tema, aun no deseo.
Doble estoy conmigo mismo,
bien discuro, yo me he hecho
más ofensa a mí en pensarlo
que a don Juan en emprenderlo;
vuélvome, que esto es infamia;
a templar la llama pruebo;
na pase amor a ser torpe
pues no ha llegado a ser ciego;
si mi lealtad se quebró
torcida a un fácil afecto,
yo he de soldarla otra vez
con el mismo sufrimiento;
yo me vuelvo, abro la puerta.

MOGICON. (Aparte.)

Vive Dios, que no le entiendo.

DON ANDRÉS. ¿Mas no es lo más intentarlo?

¿Haber entrado aquí dentro
no es lo más? Sí, lo más es,
lo más es, pues, si es más esto,
luego la imaginación
es más cómplice que el hecho;
vuelvo, pues, en dos balanzas
pesar este agravio quiero:
con aquella obligación
en esta balanza he puesto
aquella sangre ofendida;
y aquí mi amor... ¡vive el cielo,
que pesa esta voluntad
mucho más que aquel respeto!
Pongo aquí la confianza,
y aquí cargo mi deseo;
la lealtad vence al amor;
pues carguémosle este afecto
de la privación, que ya
es apetito, y con esto
se rendirá esta balanza.
Rindióse, no pudo menos;

pero en el peso hay error
que no tiene fiel el peso.
Todos los hombres quisiera
que oyeran este consejo:
a la mujer y a la dama
no la fie el que es discreto
del amigo más seguro,
que el trato, aunque no obre el ruego,
la privación, la llaneza,
lo seguro, el poco riesgo,
la hermosura, la ocasión,
hacen tan seguro efecto,
que si hoy no, mañana si,
vienen a errar con el tiempo
en el delito los más,
y aun el deseo los menos;
pues si en el mundo se hallan
de este error tantos ejemplos,
¿seré el primero que borre
de la fe los privilegios?
Resuelto estoy, vive amor;
ya deste observado freno
he roto los alacranes.
Miedo, vive el cielo, tengo;
agora he echado de ver,
sí, porque hoy lo experimento,
que en dos extremos que antes
pensé que no eran extremos,
no hace el miedo la traición
que la traición hace el miedo.
En silencio está la casa,
y allí Leonor en su lecho
a la muerte representa
con la imitación del sueño;
la luz mato, pruebo a entrar;
pero con matarla atento
(Mata la luz.)
de un honor y de un amigo
ladrón y traidor me vuelvo,
porque el hurto y la traición
procuran la sombra luego.
(Vase.)
MOGICON. Entróse y mató la luz;
¿qué hará mi amo allá dentro?
Pero saber qué no hará
es más difícil en esto;
¡Ah don Andrés de Olfos vil!

¡Oh vil Galalón moderno,
que en Roncesvalles de amor
vendiste a tu compañero!

¡Ah Judillas de la legua!

DOÑA LEONOR. (Dentro.)

¡Padre! ¡Inés!

MOGICON. Oigan, pues, esto...

DOÑA LEONOR. (Dentro.)

¡Inés, padre, Celia, Floro!

MOGICON. No me llama; yo no quiero,
pues que no me mete en cuenta
meterme con ella en cuentos.

Sale DON ANDRÉS.

DON ANDRÉS. Hacia aquí estaba la puerta,
salirme a la calle intento:
turbado estoy, y no la hallo.

MOGICON. (Aparte.)

Yo escurro hacia mi aposento.

(Vase.)

DON ANDRÉS. ¡Cielos, que no halle la puerta!

Sale DOÑA LEONOR medio desnuda.

DOÑA LEONOR. No has de salir, vive el cielo,
sin que mi justa venganza
dé a tu traición escarmiento.

Padre y señor, Inés, ¡hola!

Saca una luz.

DON ANDRÉS. (Aparte.)

¡Yo estoy muerto!

DOÑA LEONOR. ¿No hay quien socorra el honor
de una mujer?

DON ANDRÉS. (Aparte.)

¿Qué haré, cielos!

DON GARCÍA. (Dentro.)

Leonor da voces, y yo
a defenderla me esfuerzo;
saltar quiero aquestas tapias.

Sale al tablado DON GARCÍA.

Ea; que yo te defiendo.

¿Quién de la mayor belleza
profana el sagrado templo?

DON ANDRÉS. (Ap. Vive Dios, que es don García
el que ha saltado: yo pruebo
a valerme de un engaño.)

¿Quién cruel y desatento
se ha entrado en aquesta sala?

DON GARCÍA. Que a darle castigo vengo.

DON ANDRÉS. Que vengo a darle castigo.

DON GARCÍA. De tan grande atrevimiento.

DON ANDRÉS. Mataréle.

DON GARCÍA Mataréle.

DOÑA LEONOR. ¡Padre! ¡Don Félix! No puedo
a mi pecho ni a mi labio
dar más voz ni más aliento.

(Llaman dentro.)

Pero a la puerta han llamado,
pruebo a abrir.

DON GARCÍA. Matarle intento.

DON ANDRÉS. Darle la muerte procuro.

DOÑA LEONOR. Entre quien... ¡válgame el cielo!

(Abre la puerta doña Leonor)

Sale DON JUAN con una bugía encendida.

DON JUAN. ¡Qué es esto, penas! ¡Qué miro!

DON ANDRÉS. ¡Qué es esto que veo, cielos!

DON GARCÍA. Muerto estoy.

DOÑA LEONOR. ¡Sin alma vivo!

DON ANDRÉS. ¡Gran pena!

DOÑA LEONOR. ¡Viviendo muero!

(Pónese don Juan en medio de don Andrés y don García.)

DON JUAN. (Ap. Cuando al salir de Valencia

encontré con un correo
con quien me avisó un amigo
como mi padre es ya muerto:
cuando otra vez a Valencia
solo a consolarme vuelvo,
en la desdicha mayor
con otra mayor encuentro.)

Enigmas de nieve oscura
mudas estatuas de hielo,
(Ahora a los dos.)

por donde al pasar mis ojos
resbalan mis pensamientos,
¿cómo los dos en mi casa
a estas horas...

DOÑA LEONOR. ¡Grave empeño!

DON JUAN. Procuráis...

DOÑA LEONOR. ¡Mayor desdicha!

DON JUAN. Derogar...

DOÑA LEONOR. ¡Mal sin remedio!

DON JUAN. La ley...

DOÑA LEONOR. ¡Insaciable pena!

DON JUAN. Que ha promulgado...

DON ANDRÉS. ¿Que espero?

DON JUAN. ¿En favor de mi opinión
mi honor, que es rey de sí mismo?

¿Don Andrés, cómo no habláis?

DON ANDRÉS. Yo os hablo con el silencio.

DON JUAN. Con la lengua de los ojos
nunca está el agravio diestro;
a vuestra voz solicito.

DON ANDRÉS. Ya os acordáis...

DON JUAN. Hablad presto.

DON ANDRÉS. Que esta tarde me encargasteis
que cuidase...

DON JUAN. Ya me acuerdo;

que digáis lo más procuro,
que ese mal ya yo le entiendo.

DON ANDRÉS. Pues para que me entendáis,
deciros no más intento

que oculto hallé a don García
dentro deste cuarto mesmo;
que halláis desnuda a su esposa;
que halláis desnudo mi acero;
pues respondeos vos agora,
que hartos os he dicho con esto.

DON ANDRÉS. Vive mi pena, sí, vive,
que es inmortal, que es tan cierto

mi deshonor, como fue
mi cuidado verdadero;
don García entró a mi ofensa;
¿qué tardo? ¿Qué me suspendo?

Matar debo a don García;
mas quiero saber primero,
cómo ha entrado en esta casa;
para mejor convenceros
satisfaced con la voz,
si no la embaraza el miedo;
ea, ¿no habláis?

DON GARCÍA. Yo escuché

quejarse en tardos acentos
a Leonor en este cuarto
desde mi casa, y temiendo
algún riesgo de su vida,
u de su fama algún riesgo,
salté esas tapias y he entrado
como osado caballero
a un empeño de su vida
y de su honor a otro empeño.

DON JUAN. (Ap. Esto bien pudiera ser,
pero aunque puede, no es bueno
anteponer una duda
a lo que miro tan cierto:

a éste he encargado a Leonor;
este la ha querido un tiempo;
este es mi amigo, y aquel
no lo es; luego yo no debo
dar más crédito a esta fe
que dar crédito a este celo;
pero yo no he de dejar
nada a la duda, y es necio
quien castiga las ofensas
sin averiguar los yerros.)

Dime, infelice Leonor,
(Ap. Mas también me yerro en esto,
pues tú gozas tu hermosura
y yo tu desdicha temo.)

¿Quién en tu cuarto, no temas,
entró osado, intentó ciego,
mariposa de tus rayos,
buscar tu llama por centro?

Di, ¿quién ha entrado?

DOÑA LEONOR.

Yo estaba

en tu lecho y en mi lecho;
pero no importa a la duda
referirte mi suceso.

Uno destos dos que dudas
desta ofensa tuya es dueño,
y el otro de tu venganza
vino a ser el instrumento.

Uno defendió tu honor,
y el otro vino a ofenderlo;
pero como a escuras fue,
no puedo saber de cierto
ni a cuál debo la traición
ni a cuál la fineza debo.

DON GARCÍA. ¿Tú no me oíste dar voces
cuando yo salté diciendo
yo te vengo a socorrer?

Di, ¿no es verdad?

DOÑA LEONOR.

No lo niego.

DON ANDRÉS. Di, cuando tú dabas voces,
¿no dije airado y soberbio:
yo te vengo a socorrer?

Esto, di, ¿no es cierto?

DOÑA LEONOR.

Es cierto.

DON GARCÍA. ¿Luego yo te socorrí?

DON ANDRÉS. ¿Luego soy aquel que vengo
a socorrerle?

DON JUAN.

Callad,

callad, que, viven los celos,
Dioses que hoy en mi coraje
tienen la corona y cetro,
que creyendo lo que ignoro,
ignoro aquello que creo;
(Ap. Pero don García es
quien me ha ofendido, ¿qué espero?
Muera; pero no sé cómo
esta pasión aprovecho,
cuando otra duda mayor
mayor hace a mi desvelo.

Don Andrés, aunque es mi amigo,
perdone este atrevimiento,
¿cómo entró dentro del cuarto
si no estaba el cuarto abierto?

Don García ya confiesa
por dónde entró, y yo no veo
por dónde entró don Andrés;
luego iguales miro en ellos
a un tiempo los desengaños,
cuando dos culpas a un tiempo.)

DON GARCÍA. Yo a socorrerla he venido.

DON JUAN. Este dice bien, y quiero
dar la muerte a don Andrés.

DON ANDRÉS. Tu amigo soy verdadero.

DON JUAN. (Aparte.)

Este responde mejor;
pero si mal no me acuerdo,
don Félix, de Leonor padre,
indignado, pero atento,
¿no se enojó cuando vino
conmigo mi amigo? Luego
tuvo aquella indignación
reservado algún secreto.

DON GARCÍA. Ea, ¿no vengas tu agravio?

DON ANDRÉS. Ea, ¿no indignas tu acero?

DON JUAN. (Aparte.)

Pues al entrar en Valencia.
¡Oh qué agudos son los celos!
No supe que dos amantes
idolatraban el cielo
de los soles de Leonor.

Luego bien puede ser esto,
que este sea el que no dudo,
y esotro el que no sospecho;
pues muera...

(Responden a una.)

DON GARCÍA. -DON ANDRÉS.
El que te ha ofendido.
DON JUAN. Entrambos con un afecto
se satisfacen y culpan.
DON ANDRÉS. Yo te incito.
DON GARCÍA. Yo te muevo.
DOÑA LEONOR. Uno es el que te ha ofendido.
DON JUAN. Pues digo que...
DON ANDRÉS. Ya te espero.
DON JUAN. He de dar muerte...
DON GARCÍA. ¿Qué aguardas?
(Llaman dentro.)
DON JUAN. ¿Llamaron?
DOÑA LEONOR. Sí.
DON JUAN. Pues ¿qué haremos?
DOÑA LEONOR. Este es mi padre.
DON FÉLIX. (Dentro.)
Abre aquí.
DON JUAN. Pues no es ocasión, yo quiero,
para castigar mi ofensa,
dejar mi agravio suspenso.
¿Don García?
DON GARCÍA. ¿Qué mandáis?
DON JUAN. A las tapias.
DON GARCÍA. Ya obedezco.
DON JUAN. ¡Ah don Andrés!
DON ANDRÉS. ¿Qué me quieres?
DON JUAN. Vente conmigo.
DON ANDRÉS. (Aparte.)
Estoy muerto.
DON JUAN. Leonor, vuélvete a tu cuarto.
DOÑA LEONOR. Di, ¿qué es tu intento?
DON JUAN. No puedo.
DON GARCÍA. (Aparte.)
Yo satisfaré esta duda.
DON ANDRÉS. (Aparte.)
Yo proseguiré mi intento.
DOÑA LEONOR. (Aparte.)
Yo ocultaré mi desdicha.
DON JUAN. (Aparte.)
Yo examinaré mis celos.
DON GARCÍA. (Aparte.)
Yo a don Andrés buscaré.
DON ANDRÉS. (Aparte.)
Yo he de buscar el remedio.
DON JUAN. (Aparte.)
Yo buscaré a don García.

DOÑA LEONOR. (Aparte.)
Yo he de ocultar el suceso.
DON GARCÍA. (Aparte.)
¡Déme templanza mi pena!
DON ANDRÉS. (Aparte.)
¡Déme mi traición esfuerzo!
DON JUAN. (Aparte.)
¡Déme venganza mi agravio!
DOÑA LEONOR. (Aparte.)
¡Denme paciencia los cielos!

Jornada tercera

Sale DON FÉLIX y DON JUAN.

DON FÉLIX. Solos estamos los dos,
todo el suceso contadme;
acabad don Juan.

DON JUAN. Dejádme
señor don Félix por Dios.

DON FÉLIX. Que me recatéis no es bien
un mal que me toca a mí:
¿no soy vuestro padre?

DON JUAN. Sí.

DON FÉLIX. ¿Y vuestro amigo?

DON JUAN. También.

DON FÉLIX. Pues templad ese desvelo
con vuestro padre y amigo.

DON JUAN. La ofensa pide el castigo,
pero no pide consuelo.

DON FÉLIX. A lo que habéis ponderado,
lo contrario he presumido;
nunca he visto mal sentido
que no se temple contado
pues a mí me ha de tocar
ese agravio, quiero ver
si llegándole a saber
le alcanzase a remediar.

Los dos somos uno, y quiero
por sanear mi opinión,
poner yo mi indignación
pues vos ponéis vuestro acero.

DON JUAN. Pues en este cuarto...

DON FÉLIX. ¿Qué es
nuestro agravio?

DON JUAN. ¡Oh pena mía!

Hallé oculto a don García
y turbado a don Andrés.

DON FÉLIX. ¿No os fuisteis anoche?

DON JUAN. Es cierto.

DON FÉLIX. ¿A ver vuestro padre?

DON JUAN. Sí;

supe una legua de aquí
que era ya mi padre muerto;
volví con pena mayor
a dar mi queja a mi labio,
pero a costa de un agravio
vine a templar un dolor.

DON FÉLIX. ¿Estaba Leonor allí?

DON JUAN. Desnuda casi la hallé.

DON FÉLIX. ¿Y qué fue el suceso?

DON JUAN. Fue

que encontrando a los dos...

DON FÉLIX. Di.

DON JUAN. Debo en igual recompensa,
por sanear mi opinión,
dar castigo a la intención
como venganza a la ofensa.

DON FÉLIX. De los dos quiero saber
a cuál la muerte has de dar.

DON JUAN. Uno la vino a ayudar
y otro la vino a ofender.

DON FÉLIX. Pues de los dos, di, ¿quién fue,
quien fue a tu sangre traidor?

Di, ¿quién defendió tu honor?

Acaba, dilo.

DON JUAN. No sé.

DON FÉLIX. Culpa a aquel que te ha agraviado,
y a tu defensor disculpa.

DON JUAN. Cada uno tiene la culpa
y ninguno es el culpado.

DON FÉLIX. Pues bien sé yo que en Leonor
no caben indicios pues.

DON JUAN. ¡Ay padre don Félix, que es
muy vidrioso el honor!

DON FÉLIX. A otra pena me provocho
que esta duda me causó;
¿sabes qué es la ofensa?

DON JUAN. No.

DON FÉLIX. ¿Ni quién te ofendió?

DON JUAN. Tampoco.

DON FÉLIX. Que va errado tu valor
en aqueste examen piensa,

pues sin saber qué es la ofensa
nadie busca el ofensor.

DON JUAN. Saber primero prevengo
cauteloso un tiempo y sabio,
quien ha causado mi agravio
que el mismo agravio que tengo.

DON FÉLIX. Pues hijo don Juan...

DON JUAN. ¿Qué dices?

DON FÉLIX. Ya es tiempo de hablarte claro,
pues que el honor que es tan tuyo
es también honor de entrambos,
no te quiero dar consejos
como padre y como anciano,
que también conserva filos
el acero de los años.

Iras quiere producirte
este decrépito árbol
que por fruto de su honor
produce venganzas tardo.
Sabe que a un tiempo los dos
que a un mismo tiempo has hallado
en el cuarto de Leonor,
con pensamiento violaron
de su honestidad el templo
y de su honor el sagrado.

Don García me ha pedido
a Leonor un tiempo, y tanto
se procuró diligente
mariposa de sus rayos,
que a no estorbarle la llama,
prudente como indignado,
del sol de Leonor hermosa
fuera mi honor el ocaso.

Pues don Andrés...

DON JUAN. Don Andrés
es mi amigo.

DON FÉLIX. Ese reparo
es muy de la confianza;
sed juez y escuchad el cargo,
porque erraréis la justicia
en estando apasionado:
digo que a Leonor pretende
Don Andrés.

DON JUAN. Tened, que ando
buscando alivio a mi pena
y en todo el mal no le hallo.
¿Pues cómo vos de Leonor

me distéis la blanca mano,
habiendo dos que intentasen
lograr sus neutrales rayos?
DON FÉLIX. Vos no estáis en vos, don Juan,
aunque en vos pruebo a buscaros,
muy bueno es que la lisonja
me la contéis por agravio.
¿Qué daño os hace que sea
querida mi hija? Caso
que ella amase a quien la quiera
entraba bien el quejaros:
si no hubiera noche oscura
no fuera el sol estimado.
La virtud, a no haber vicios,
¿tuviera quilates tantos?
No, que los opuestos lucen
de otros opuestos al paso.
Luego en ser Leonor querida
estar debéis más ufano,
pues a no haber quien la amara
no luciera su recato.
DON JUAN. Que Leonor es hija vuestra
es lo más, y así volvamos
a saber cuál de los dos
es mi ofensor, cuando en ambos
igual disculpa procura
cuando miro iguales cargos.
DON FÉLIX. Eso han de hacer los testigos.
DON JUAN. ¿Qué testigos?
DON FÉLIX. Los criados
que siempre lo son de vista.
DON JUAN. ¿Los criados? ¿Y si acaso
no lo saben?
DON FÉLIX. Si lo saben;
bien podéis examinarlos,
que siempre un criado estudia
los errores de su amo.
DON JUAN. ¿Adónde están?
DON FÉLIX. Yo tengo uno
en ese cuarto encerrado:
¿Ah, Inés?
Sale INÉS.
INÉS. Señor, ¿qué me ordenas?
DON FÉLIX. Don Juan te llama.
INÉS. Ya salgo.
DON FÉLIX. Ea, examinalda cuerdo:
no os irritéis indignado;

lo que más queráis saber
le preguntad como acaso,
y si por luz o por sombra
hallareis fácil cuidado
en Leonor (que aquesto es
buscar mancha en el sol claro)
aunque soy padre y soy viejo,
sabed que para este caso
quiero poner el acero
cuando vos pongáis la mano.

(Vase.)

DON JUAN. Déme mi valor paciencia;
pues a un mismo tiempo me hallo
de don García dudoso,
de don Andrés engañado,
receloso de Leonor;
¡Oh llegue a ocasión mi brazo
que con cobrar un castigo
venga a reparar un daño!

INÉS. Señor, aquí estoy, ¿qué mandas?
(Ap. ¡Solo en esta sala! ¡Malo!)

DON JUAN. ¿Inés?

INÉS. ¿Señor?

DON JUAN. ¿Qué te turbas?

INÉS. Es natural.

DON JUAN. Yo he intentado
Saber de ti...

INÉS. No sé nada.

DON JUAN. ¿Ya respondes?

INÉS. Para cuando
me preguntes tener quiero
el secreto adelantado.

DON JUAN. ¿Es secreto?

INÉS. Sí, Señor.

DON JUAN. Pues donde hay secreto hay algo.

INÉS. No sé nada.

DON JUAN. ¡Vive Dios!

Que te haga dos mil pedazos
o toma estos veinte escudos.

INÉS. No hay que tratar, no me hablo
con esa gente.

DON JUAN. ¡Oh! Por Dios
que he de matarle.

INÉS. Esto es malo,
de escudos a puñaladas
va a decir un tanto cuanto.

DON JUAN. Toma.

INÉS. Pues me has hecho el son
con dineros que me has dado,
que son cítaras mejores,
vaya el tono.

DON JUAN. Empieza.

INÉS. Canto:

Señor, este don García,
aqueste vecino alano,
que a la oreja de mi ama
le anda tirando bocados,
ha seis años que la quiere.

DON JUAN. Ya lo sé, y saber aguardo
si Leonor...

INÉS. Leonor es roca,
y es mi señora...

DON JUAN. Habla paso;

¿Nunca la ha hablado?

INÉS. Eso sí,

las noches de claro en claro,
los días de sombra en sombra
los suelen pasar hablando,
porque por esa pared...

DON JUAN. Di, acaba.

INÉS. Vete despacio;

han dispuesto un locutorio
donde suelen hablar tanto
por una quiebra que hace
esa pared con un patio,
como habla un entremetido
o como habla un abogado
cuando no tiene justicia
que mete el pleito a barato.

DON JUAN. ¿Qué dices?

INÉS. Lo que te digo.

DON JUAN. En fin, ¿eso es cierto?

INÉS. Es tanto

que ayer fue la despedida;

Hubo queja y hubo llanto.

Él dijo: ¿Ya te casaste?

Y ella: Sí, ya me he casado.

Despidiéronse los dos...

DON JUAN. Calla, calla, cierra el labio,

que me ha partido tu voz

el corazón a pedazos.

Di, ¿cuando quieren hablarse

qué seña hacen?

INÉS. Yo la hago:

cuando el deseo de hablar
come a mi Señora, rasco
la pared, y desta suerte
la sarna de amor aplaco.
DON JUAN. Pues llama a aquesta pared,
que con una industria aguardo
saber mi ofensor.

INÉS. ¿Qué intentas?

DON JUAN. No repliques; ¡quién se ha hallado
cercado de tantas penas!

Acaba, llama.

(Llama a la pared.)

INÉS. Ya llamo.

DON JUAN. (Ap. Mal haya aquel que se casa
de lino o de enamorado
con mujer que no conoce;
en la tratada hay engaños.

¿Qué hará en la no conocida?

Luego viene a ser en vano
dar tarde un medio a mis celos,
cuando una muerte temprano...)

¿Llamaste?

INÉS. Sí, ya llamé.

DON JUAN. Prueba otra vez.

(Llama otra vez, y no responden.)

INÉS. Ya lo hago:

a esotros celos, Señor,
que ese amante está cerrado.

¿Qué intentas hacer?

DON JUAN. Prosigue.

INÉS. (Ap. Pienso que me han de estar caros
los veinte escudos.)

DON GARCÍA. (Dentro.)

¿Quién es?

DON JUAN. (Ap. Cierta averiguo mi agravio.)

Di que eres Leonor.

DON GARCÍA. (Dentro.)

¿Quién llama?

INÉS. Leonor.

DON JUAN. No hables tan alto,
que conocerá la voz.

DON GARCÍA. (Dentro.)

¿Qué quieres?

INÉS. A hablarte llamo.

DON GARCÍA. (Dentro.)

¿Pues qué novedad es esta
cuando estamos concertados,

tú de querer a don Juan
y yo de olvidarte?

DON JUAN. (Ap. Ya hallo
una salida a mi indicio
cuando una evidencia aguardo.)

Di que anoche ¿cómo entró?

INÉS. Solo vengo a preguntaros
¿cómo anoche os arrojastes
a entrar a mi propio cuarto?

DON GARCÍA. (Dentro.)
Por cumplir la obligación
de un amor que siempre guardo,
porque nunca ha sido amante
quien se halla al riesgo templado;
por ti entré, Leonor, por ti.

DON JUAN. (Aparte.)
¡Viven los cielos, villano,
que has de pagar con la vida
la culpa que has confesado!
Por Leonor dice que entró.

DON GARCÍA. (Dentro.)
Y a no ser porque indignado
don Juan anoche estorbó
la ejecución a mi brazo,
descontar pensaba en iras
cuanto iba a buscar en lazos.

DON JUAN. ¿Qué más claro puede hablar?

¿Quién se ha visto en tal estado,
que sabiendo el ofensor
no satisface el agravio?

Pregunta, pregunta más.

Sale DOÑA LEONOR, y encuéntrase con don Juan.

DOÑA LEONOR. (Ap. En la pared he escuchado
que ha llamado don García.)

Don García... ¡cielos santos!

¿Qué es lo que veo?

DON JUAN. ¿Qué miro?

INÉS. Pescáronla.

(Empuña don Juan la daga.)

DON JUAN. ¿Qué me tardo?

DOÑA LEONOR. (Aparte.)

Viva estatua soy de hielo.

DON JUAN. (Ap. Muerta enigma soy de mármol.)

¿A quién buscas?

DOÑA LEONOR. Yo, Señor,

a vos porque digo estando
sin mí... yo si... si mi pena...

Al ruido... animóme en vano:
señor, a decirte vengo
(Ap. Así intento remediarlo)
que don García fue quien
vino anoche a darme amparo.

DON JUAN. ¿Y para esto le nombrabas?

DOÑA LEONOR. Sí, Señor.

DON JUAN. Ya se ha pasado

el indicio a la evidencia,

y la duda al desengaño.

¿Y esa era tu intención?

(Recio esto.)

DOÑA LEONOR.

Sí:

¿Dudas en mi fama, cuando

son los montes y los cielos

de lo que te estimo y amo

testigos fieles de abono.

Y yo soy, bien me comparo,

fija como sus estrellas,

firme como sus peñascos?

Y esta pared es testigo...

(Oye don García dentro la voz.)

DON GARCÍA. (Dentro.)

Siempre estoy yo confiado

que me has querido, Leonor.

DOÑA LEONOR. ¿Qué es esto?

DON JUAN. ¿Qué, te has turbado?

Como es la pared testigo

está respondiendo cargo.

DOÑA LEONOR. (Ap. Don García ha respondido,

pues al honor acudamos;

que esto importa, vive el cielo.)

Que miente traidor tu labio

y tus pensamientos mienten,

sacrílegos y profanos

yo a don Juan estimo y quiero,

como amante le idolatro,

tanto como a dueño propio,

y esto es tan seguro...

DON GARCÍA. (Dentro.)

Es claro.

DOÑA LEONOR. Que anoche...

DON GARCÍA. (Dentro.)

¿No hubo en ti culpa?

DOÑA LEONOR. Pues ¿qué esperas?

DON GARCÍA. (Dentro.)

Nada aguardo.

DOÑA LEONOR. Pues déjame.

DON GARCÍA. (Dentro.)

Ya te olvido.

DOÑA LEONOR. Pues vete.

DON GARCÍA. (Dentro.)

A olvidarte airado.

DOÑA LEONOR. (De rodillas.)

Si bastan estos despechos
para soldar un engaño,
si estas lágrimas que enjugo,
si estas corrientes que exhalo
bastan a templar tu incendio
pues son lluvias de mi llanto,
te pido...

DON JUAN. Leonor, levanta;
Inés, vete afuera.

INÉS. Andallo.

(Ap. Pues dio en el lazo mi ama,
yo quiero roer el lazo.)

DON JUAN. ¿Leonor?

DOÑA LEONOR. ¿Señor?

DON JUAN. No te turbes,

que ahora contigo hablo
si con pasiones de esposo,
con atenciones de hermano;
de ti me quiero fiar,
mira tú cuán apurado
de ti, mi honor se halla en ti,
que en ti procuro el amparo.

DOÑA LEONOR. ¿Qué intentas?

DON JUAN. ¿Tú no eres causa
de mi mal?

DOÑA LEONOR. De tu cuidado.

DON JUAN. ¿Mi honor no es tuyo?

DOÑA LEONOR. Es mi honor.

DON JUAN. ¿No eres noble?

DOÑA LEONOR. Al caso vamos.

DON JUAN. En ti no puede haber mancha.

DOÑA LEONOR. Es ponerla en el sol claro.

DON JUAN. Pues ayúdame a saber
mi ofensa, para que un daño
restaure con un consejo;
dime aquel que ha procurado
violiar de tu ama el templo
que es de la mía sagrado;
los cargos que hizo la duda
me descuenta con el labio,

sanéame con la voz
la injuria que me has causado,
y en esta ofensa que es tuya
y en este honor que es de entrambos
pues por ti tengo la ofensa,
tenga por ti el desagravio.

DOÑA LEONOR. Pues si así...

DON JUAN. Mi mal se cura.

DOÑA LEONOR. ¿Piensas...

DON JUAN. Atajar un daño.

DOÑA LEONOR. Soldar...

DON JUAN. Un yerro de honor.

DOÑA LEONOR. Oye la pasión al paso
que has entendido la duda.

DON JUAN. Di tu mal.

DOÑA LEONOR. Ya le declaro.

Ya sabes, dueño mío,
móvil que rige todo mi albedrío,
que fue lance forzoso
verme a un tiempo, y a un tiempo ser mi esposo;
ya te acuerdas que nunca el mal se olvida,
¡Oh cómo se renueva aquesta herida!
Que al admitirte dueño, aunque tirano,
erró mi voz cuando acertó mi mano;
ya sientes lo que anoche ha sucedido,
aunque no es este mal para sentido,
que de honor cuando aqueja un accidente
no sé yo cómo vive quien lo siente;
fuístete, pues, ayer, tarde lo lloro,
dejándome encargada a mi decoro,
porque yo viva en mí, firme y segura,
que esta defensa tiene la hermosura;
y, al fin, ya de mis lazos apartado,
llevándote contigo tu cuidado
de la seguridad blando enemigo...

DON JUAN. Acaba, dime el mal, Leonor.

DOÑA LEONOR.

cerró la noche, y vino tan oscura
que se vistió el color de mi ventura;
busco el lecho al descanso, admito el lecho,
y fue campaña en que lidiando el pecho
quedó por más victoria
reina de la campaña la memoria;
quiero engañar tu ausencia con mi sueño,
conficionó fatigas por beleño,
encarceló con quejas bien extrañas
los ojos en la red de las pestañas,

Prosigo:

y al imitar la imagen enemiga,
fue fatiga vencer a la fatiga.
Mato una luz, achaque del desvelo,
doy a la duda plaza de recelo,
y oigo, asustada desta maravilla
que el nogal se quejaba de una silla,
o de algún peso nuevo que le inquieta
o de aquella prisión de la baqueta;
doy la atención a todos mis oídos,
que siempre están al daño prevenidos,
discurro con el miedo,
esfuerzo mis temores cuanto puedo,
y dije ¿si por torpe, aun más que feo,
tropezó en esta silla algún deseo?
Pruebo a escuchar, y dudo lo escuchado,
vuelvo otra vez a entrar en el cuidado,
y porque el susto a mi pasión asombre,
por la respiración colijo a un hombre,
pues el que entró pisaba tan atento
que antes que el paso le escuché el aliento:
todo el valor se asombra,
y como la traición busca la sombra,
conozco la traición, olvido el lecho,
busco la vela, muerta a mi despecho,
y como llamas de valor respiro,
la procuro encender con un suspiro;
buscar quieren la puerta mis enojos,
y el tacto hallé más torpe que los ojos:
buscábame el traidor, no me halla luego,
con amor y sin luz, dos veces ciego,
vestíme mal vestida a oscuras trato,
pero echéme a perder con mi recato,
pues aunque ni me hallaba ni me oía,
la seda le avisó cuando crujía;
llegarse intenta, y aunque me apartaba,
el ruido le decía dónde estaba,
y como siempre en estas aventuras
son las manos los pies del que anda a oscuras...

DON JUAN. Dilo, acaba, Leonor.

DOÑA LEONOR. ¡Dolor tirano!

Mi mano tropezó sobre su mano;
(Ap. Partida tengo el alma en dos mitades,
ahora es tiempo de decir verdades.)

DON JUAN. Di, ¿qué aguardas?

DOÑA LEONOR. Decirte el mal espero.

DON JUAN. (Aparte.)

No puede ser mayor que yo le infiero.

DOÑA LEONOR. Digo, Señor, que como es (¡qué intento!)
madre la sombra del atrevimiento,
esta es temeridad.

DON JUAN. Prosigue, acaba.

DOÑA LEONOR. Y como yo no vi lo que intentaba,
teniendo con mis manos a sus manos,
sus intentos villanos
resistí valerosa, estorbe fuerte
(Este consuelo me evitó la muerte),
y aunque vencí su queja y su porfía,
y aunque atajé a su mano la osadía,
viéndose ya empeñado y no admitido
(¡Oh lo que intenta un hombre aborrecido!)
ya que rendir no pudo esta muralla...

DON JUAN. No me digas más señas, calla, calla;
en vano el labio y el dolor empeñas,
que un desdichado no ha menester señas;
¿y sabes, di, cuál es aquel que ha sido
quien en lo más posible me ha ofendido
de los dos que encontré? Porque quisiera...

DOÑA LEONOR. Entrambos pueden ser.

DON JUAN. ¿De qué manera?

DOÑA LEONOR. Porque entrambos mi amor han pretendido.

DON JUAN. (Empuña la daga.)

Viven los cielos, que pues te han querido...

DOÑA LEONOR. Detén, Señor, la ira rigurosa,
¿qué culpa tengo yo de ser hermosa?

DON JUAN. Dices bien que esta ira es muy temprana.

Sale DOÑA JUANA.

DOÑA JUANA. ¿Doña Leonor?

DOÑA LEONOR. Amiga doña Juana.

DOÑA JUANA. ¿Qué es esto?

DOÑA LEONOR. ¿Qué ha sucedido?

DOÑA JUANA. Don Juan, yo vengo a avisarte,
si en tu valeroso pecho
cabén discretas piedades,
que airado como prudente
un riesgo a mi vida atajes,
para ignorado imposible
y para avisado fácil;
aquel criado que ayer
entró en casa a acompañarte,
el que ahora a ti te sirve
y a don Andrés sirvió antes,
habrá dos horas que entró
en mi casa a preguntarme
si hablar puede a don García;

dije que no, y al instante
me dejó aqueste papel:
yo que en su propio semblante
saqué indicios para el riesgo
y para el dolor señales,
abro el papel de mi hermano,
de curiosa y no de amante,
para hacer en sus renglones
de mis dudas el examen,
y veo que don Andrés
envía a desafiarle
detrás de los religiosos
descalzos que alberga el Carmen;
aquí hay dos riesgos a un tiempo
tan posibles como grandes:
si mi hermano sabe el duelo,
si que ha escrito el papel sabe,
ha de dar con un castigo
satisfacción a su sangre,
si no le enseñó el papel,
don Andrés ha de juzgarle
o remiso en el empeño,
o en la venganza cobarde;
decirle que salga es yerro,
temeridad no evitarle;
no avisarle, no es decente;
pues para que no se manchen
con las nieblas de la infamia
dos rayos de honor solares,
te pido que al campo vayas,
y que evites arrogante
o que temples reportado
de estas iras incapaces
estos carbones que atiza
el soplo de un viento fácil;
y, en fin, como agradecido,
supuesto don Juan que sabes,
que por tu honor don García
con justas temeridades
saltó esa tapia a las voces
que extrañó el viento volcanes
que Leonor exhaló en quejas;
y pues anoche fui parte
que se arrojase a mi ruego
y a su queja se obligase,
recompénsame esta deuda
con este favor, porque halle

el amparo en tu prudencia
que tú en don García hallaste:
don Andrés digo que espera
en el campo, pues no aguardes
a que otro segundo aviso
o le provoque o le ultraje.
Yo te obligo, tú eres noble,
de ambos es igual la sangre,
y es fuerza que tus aceros
se indignen también iguales,
y así...

DON JUAN. Espera, doña Juana;
dime ahora, ¿tú escuchaste
quejar a Leonor anoche?

DOÑA JUANA. Yo la escuché.

DON JUAN. Y dí, ¿fue antes
que saltase don García?

DOÑA JUANA. Antes fue que él se arrojase.

DON JUAN. ¿Luego don Andrés fue quien
fue a mi amistad y a mi sangre
dos veces traidor amigo?

De una industria he de ayudarme,
con que he de darle el castigo;
¿dónde dices que está?

DOÑA JUANA. Al Carmen
descalzo dice el papel.

DON JUAN. ¡Vive Dios, que he de matarle!

DOÑA JUANA. ¿Te vas?

DON JUAN. A evitar tu riesgo.

DOÑA LEONOR. ¿Qué es lo que intentas?

DON JUAN. Vengarme.

DOÑA JUANA. Primero es aqueste empeño.

DON JUAN. También intento evitarle.

(Vase.)

DOÑA LEONOR. ¿Tú qué lloras?

DOÑA JUANA. Un temor.

DOÑA LEONOR. ¿No has de reprimirle?

DOÑA JUANA. Tarde.

DOÑA LEONOR. ¿Quién le causa?

DOÑA JUANA. Don Andrés.

DOÑA LEONOR. ¿Por qué ocasión?

DOÑA JUANA. Fue mi amante.

Mi hermano y él son mis penas.

DOÑA LEONOR. Tu hermano y él mis azares.

DOÑA JUANA. Acábase este tormento.

DOÑA LEONOR. Para que el mío se ataje.

DOÑA JUANA. Mas, ¡ay Leonor!

DOÑA LEONOR.

¡Ay amiga!

Que para que no se atajen,
LAS DOS. Fénix es cada mal de nuestros males,
que de lo que unos mueren otros nacen.

Sale MOGICON.

MOGICON. Señores, en puridad,
perdónenme lo atrevido,
yo a preguntar he salido
una gran dificultad:

yo he de parecer menguado
si no parezco importuno;
reyes míos, ¿hay alguno
que haya estado enamorado?

La honra apostaré aquí,
y aun la vida he de poner,
que no hay hombre ni mujer
que no me diga que sí.

¿Cómo se puede creer
ver a un amante decir,
que ni ha podido dormir
ni que ha podido comer?

Esta es cosa que me acaba
porque llega a ser creída;
no tuviera la comida,
viéramos si enamoraba.

Di, amante de Barrabás,
nombre debido a tu llama,
¿cómo en gozando a la dama
cenas mucho y duermes más?

Almibarado amador,
¿qué se hizo tu voluntad?
¿Ves cómo tu enfermedad
era tema y no era amor?

Señores míos, yo creo,
reviente aquesta postema
que cualquier amor es tema
y cuando más es deseo;
jamás he visto querer
hombres que andan ocupados,
los que están enamorados
es que no tienen qué hacer;
y si a otra luz sus errores
quieren ver claros también,
¿cómo nunca quieren bien
poetas ni jugadores?

Que no hay quien ame contemplo
si no le va el pundonor.

Y don Andrés, mi señor,
les sirva a todos de ejemplo;
por él solo he colegido
este discurso apretado,
pues que no admitió rogado
a la que ama aborrecido;
y el no poderla gozar
sirve de influjo a su estrella,
y no hiciera caso della
si la pudiera alcanzar.
Pues si apurado en rigor
el amor que activo quema
no es amor, que sólo es tema,
luego es tema y no es amor.
Ah, bien haya yo, que quiero
amante a las damas grato
con prevenciones de gato
por Enero y por Febrero;
aunque tuviese a la mano
bergantas de dos en dos,
en mi vida, juro a Dios,
dije requiebro en verano;
en aqueste gusto fundo
mi regalo y mi quietud,
que primero es mi salud
que todo el amor del mundo;
dama que me ame fiel
no me ha de costar un paso;
pero volvamos al caso,
que andamos muy fuera dél.
Con una intención extraña
que pasa a resolución,
don Andrés, el Galalón,
me ha traído a esta campaña,
y sobre esa margen fría,
que es marco de flores ya,
en el claro arroyo está
esperando a don García;
que han de reñir imagino,
y por si hallo un caminante
que meter quiera el montante,
me he venido hacia el camino;
mirar quiero desde aquí
si hallo lo que he deseado.
¡Don García el desafiado
es aquel que viene allí!
Él viene ya: ¿reñirán?

Ella es grande bobería;
pero aquel no es don García,
¡Vive el cielo! que es don Juan:
ahora es menester arte
para escurrirme no más.

Sale DON JUAN.

DON JUAN. ¡Ah Mogicon! ¿dónde vas?

MOGICON. Señor, a ninguna parte:
íbate a buscar.

DON JUAN. Y yo

a buscarte vengo aquí:

¿qué haces en esta campaña?

MOGICON. He salido a divertir
un hipocóndrico mal
por uno y otro jardín.

DON JUAN. (Ap. Aqueste pienso que ha sido
causa de mi mal, y así
lo que a mi venganza vi
no he de callar a su oído.)

¡Traidor infame!

(Saca la daga.)

MOGICON. ¡Señor!

DON JUAN. ¡Vive Dios! que has de morir.

(Ap. Mi industria valga a mi mal.)

MOGICON. Señor, ¿en quién te ofendí?

DON JUAN. Tú, traidor, tu fuiste, aleve,
el que anoche pudo abrir
porque entrase don García.

(Ap. Esto le quiero decir
porque confiese si acaso
fue don Andrés ¡ay de mí!

Que viendo el fin de mi honor
no hallo a mi venganza fin.)

¿Por qué le abriste? Di, acaba;
si procuras que en ti
tome de tantas ofensas
justa venganza y feliz.

MOGICON. Señor, el diablo me lleve
si fue don García.

DON JUAN. Di:

si fue don Andrés, no importa.

MOGICON. Pues a don Andrés abrí.

DON JUAN. ¿Cómo fue? (Ap. ¡Oh traidor amigo!)

MOGICON. Como me rogó... Si aquí
quieres que he hable más claro
y más alto que un clarín,
envaina la daga ahora,

que en viéndola relucir,
deslumbradas mis palabras
no han de acertar a salir.
(Envaina la daga.)

DON JUAN. Di, que ya envaino la daga:
pues prosigue.

MOGICON. Ahora sí,

señor, este don Andrés,
este amante matachín,
el que al tono del amor
baila un tiempo aquí y allí,
para quien, si no me engañan
las palabras que le oí,
es la mejor, la que es más
difícil de conseguir;
aun no bien anochecido
me vino a casa a pedir
que le abriese la una puerta;
cuando yo le obedecí,
entróse paso entre paso
tan ciego, según le vi,
que aun de su propio sombrero
no echó de ver el candil;
cerró la puerta primero,
pisó luego tan sutil
que en los propios movimientos
sus intentos conocí;
sopló una luz que allí estaba,
hecho corchete de sí,
y a la alcoba de Leonor
fue tanteando de albañil;
llegó dentro, escuché voces,
la bola en esto escurrí,
tú te piensa lo demás,
que eso no me toca a mí;
y pues soy puerco en decirlo
y llegó mi san Martín,
deja que me vaya ahora;
ya don Andrés viene allí,
él te dirá lo demás,
pues nadie podrá decir
la verdad como él si quiere.

La Sancta Dei genitrix
te saque de tantas dudas
y a mi me libre de ti.

(Vase.)

Don Juan, empuñando la espada, se va a DON ANDRÉS.

DON JUAN. Pues que sabidas están
mis dudas, ¿que aguardo, pues?

Matar quiero a don Andrés.

DON ANDRÉS. Yo os lo perdono, don Juan.

DON JUAN. Sacad para este castigo
la espada, que esto ha de ser.

DON ANDRÉS. ¿Qué es lo que queréis hacer?

DON JUAN. Dar la muerte a un falso amigo.

DON ANDRÉS. (Aparte.)

Que fue Mogicon infiero
quien le contó mi traición.

DON JUAN. No está mi resolución
para esperar vuestro acero.

Acabad: ¿a qué esperáis?

DON ANDRÉS. (Ap. Sin duda se lo ha contado.)

Señor don Juan, ¿qué os ha dado?

¿También conmigo os tiráis?

DON JUAN. Sin él os he de matar

si no sacáis vuestro acero,
pues esto ha de ser primero
en salud me he de curar;

¿no queréis, pues, desta suerte?

DON ANDRÉS. Esperad, don Juan, ¿qué hacéis?

Sabed lo que me debéis,
y dadme luego la muerte.

DON JUAN. Es obligación, decid
con que me intentáis templar,
que luego os he de matar.

DON ANDRÉS. No es muy fácil, pero oíd:

apenas desta ciudad
os fuistes, ayer apenas
a acompañaros salí
media legua de Valencia,
cuando al volver a cuidar
de una obligación que es vuestra,
que algún diablo me metió
en saber vidas ajenas,
llegué con la noche oscura
examinando las puertas
y rejas de vuestra casa,
y hallé a don García en ellas,
con Inés, una criada
de Leonor, dándola quejas
de vuestra esposa, diciendo
que, ya que su amor desprecia,
lo que no ha podido el ruego
ha de alcanzar la violencia;

que esta noche por las tapias
pretende asaltar la fuerza
de que en vuestra ausencia fui
general y centinela;
y dándole Inés entonces
esperanzas algo inciertas,
que esto de dar esperanzas
es uso de los que tercian,
se apartó de la ventana,
y como la noche negra
no les permitió a los ojos
sombras de la sombra apenas,
aunque escuché a don García
quiso que infelice estrella
que sin que le viese entrar,
como está su casa cerca,
dentro en su casa se entró;
y en este despecho, en esta
prisión del honor, tan lince
y de una venganza ciega,
solicito a Mogicon
y ruego que abra una puerta
de tu casa: obedeció;
entré con silencio en ella,
maté una luz que la sombra
es de la venganza seña,
salta en esto don García
las tapias, lleguéme cerca,
todo el acierto en mis pasos,
la ira en mi mano diestra;
quéjase Leonor, yo llego;
pero él viendo que se queja,
se hace dueño del amparo
siendo dueño de la ofensa;
entraste (pero no quiero
pedirte que me agradezcas
de mi amistad y mi fe
las debidas recompensas),
lo que agradecer me debes
es, que por curar tu ofensa,
en la campaña esperaba
a tomar venganza fiera
del tirano don García,
puesto que manchar desea
a tu fama, que es mi fama.
(Ap. Miento, vive el cielo, que era
por sepultar con su muerte

a mi traición torpe y fea.)
Pero supuesto que ahora
darme injusta muerte intentas,
saca en buen hora la espada,
y antes que tú saques, reza
por ti, que en dándote muerte
haré por ti lo que pueda.

DON JUAN. (Aparte.)

A no saber que a Leonor
quiere don Andrés, creyera
que es verdad lo que me dice;
ya pasa a ser evidencia
esta verdad: ¿qué razón
puede haber para que entienda
que no es traidor don García
y que don Andrés lo sea?

DON ANDRÉS. (Ap. Otra cosa hay que curar:

no le ha de quedar sospecha,
que sagaz, aunque traidor,
mi ingenio no le resuelva.)
¿Quieres ver cuánto me debes?

Que mucho antes que vinieras
de Flandes quise a Leonor,
y aun no fuiste dueño della
cuando del fuego de amor
fue ceniza la materia.

DON JUAN. (Ap. Digo que aqueste es leal,
y aquesta enigma cubierta
que erró su ciega pasión,
ha descifrado su enmienda.)

Yo si a matarle venía
fue justo enojo mi queja,
que no es razón que tú tomes
la venganza de mi afrenta;
bueno quedara mi honor
si tú la muerte le dieras,
yo he de ser quien le dé muerte.

DON ANDRÉS. Pues la ocasión aprovecha,
que aquí le espero que llegue.

DON JUAN. No vendrá.

DON ANDRÉS. Que venga es fuerza.

DON JUAN. No puede ser.

DON ANDRÉS. Di ¿por qué?

DON JUAN. Yo lo sé; sólo quisiera
que me dieras un consejo.

DON ANDRÉS. Prosigue.

DON JUAN. ¿De qué manera

daré muerte a don García?

¿Parécete a ti que sea
llamándole a la campaña?

DON ANDRÉS. Calla, que es pregunta necia;
porque ha de ser la venganza
del modo que fue la ofensa;
¿su ofensa no fue traidora?

DON JUAN. Traidora fue; pero sepa
cómo he de poner venganza.

DON ANDRÉS. Di, ¿no entró en tu casa mesma
por las tapias?

DON JUAN. Así es.

DON ANDRÉS. Pues por las tapias intenta
entrar también en su casa,
cobra tu castigo en ella,
que herir por los mismos filos
es del agravio destreza.

DON JUAN. Sí, ¿pero yo he de matarle
a traición? Di, ¿porque él sea
traidor he de ser traidor?

DON ANDRÉS. Esas bizarrías deja
para honrados pundonores,
mas no para las afrentas.

DON JUAN. Pues si es hora, amigo, vamos.

DON ANDRÉS. (Aparte.)

Proseguir mi engaño es fuerza.

DON JUAN. Hoy con toda mi venganza
todo mi honor se carea.

DON ANDRÉS. (Aparte.)

Por encubrir un delito,
¿qué de traiciones se esfuerzan!

A mí me importa matarle.

DON JUAN. Darle la muerte quisiera.

DON ANDRÉS. En fin, ¿qué es lo que dispones?

DON JUAN. Presto aguardo que lo veas.

DON ANDRÉS. Ya hemos llegado a su casa,
saltemos las tapias, ea.

DON JUAN. Gracias doy a mi fortuna,
que sé el dueño de mi ofensa;
pues, don Andrés, al castigo.

DON ANDRÉS. Quiera el cielo que le veas.

DON JUAN. Porque te deba un honor.

DON ANDRÉS. Porque una vida te deba.

DON JUAN. Páguete honor el consejo.

DON ANDRÉS. No quiero que le agradezcas,
pues más me importa su muerte
que a ti tu venganza mesma.

(Vanse.)

Sale DON GARCÍA.

DON GARCÍA. ¡Hola, criados! ¿Qué es esto?

No hay nadie en aquestas piezas;

toda la casa está a oscuras;

entrar quiero a ver si en ella

ha dejado alguna luz

Inés; como es tarde es fuerza

que esté Juana recogida;

ir a su cuarto quisiera.

(Vase.)

Salen DON JUAN y DON ANDRÉS.

DON JUAN. Ya hemos saltado a la casa
de don García.

DON ANDRÉS. Pues llega

tan quedo para el castigo

que a ti propio no te sientas.

La casa es de don García

la que descuidada y quieta

está ensayando en el sueño

la imagen de la tragedia.

Los dos a buscar entremos

tu ofensor.

DON JUAN. Detente, espera;

temor llevo, vive el cielo.

DON ANDRÉS. Vive el cielo, que me pesa

que lo que oculta tu pecho

llegue a confesar tu lengua.

DON JUAN. Valor es este temor.

DON ANDRÉS. ¡Valor es! ¿De qué manera?

DON JUAN. Como no es valiente aquel

que siendo traidor, no tiembla.

DON ANDRÉS. La venganza no es traición.

DON JUAN. Dices bien; mas considera

que a mí no me toca ser

traidor porque otro lo sea.

DON ANDRÉS. ¡Discreto estás y agraviado!

Mucho temo que no puedas

acertar con la venganza

cuando el agravio confiesas;

pero entremos a matarle.

DON JUAN. Bien dices, bien me aconsejas:

¡Muera el traidor!

DON ANDRÉS. Muera, amigo;

tú propio tu agravio venga:

yo entro adelante por ver

si le hallo.

DON JUAN. ¿Qué aguardas?

DON ANDRÉS. Llega.

(Vanse a escuras tentando.)

(Ap. Sepultaré mi traición.)

DON JUAN. (Aparte.)

Sanar podré mi dolencia.

Sale DON GARCÍA a escuras, y vase diciendo.

DON GARCÍA. Entrar procuré a mi cuarto,
y apenas llegué a la puerta,
cuando pasos he sentido
en esa pieza.

¡Ah, doña Juana! ¿No abrís?

¡Hola, Silva!

Sale DON ANDRÉS con la daga desnuda a la puerta.

DON ANDRÉS. Hacia aquí suena
de don García la voz.

DON GARCÍA. ¿No hay
quién responda?

DON ANDRÉS. Si esperas
la voz de mi ardiente acero
te podrá dar la respuesta.

Sale DON JUAN con la daga en la mano buscando a don García.

DON GARCÍA. ¿Hermana? Nadie responde.

DON JUAN. O fue ilusión de la idea,
o hacia aquí escuché la voz
de don García.

DON GARCÍA. Ya es fuerza
porque he sentido pisadas,
ir a esta cuadra primera
por ver si encuentro la luz.

(Vase.)

DON ANDRÉS. ¡Ahora, ahora, violencias!
Morirá si aquí le encuentro.

DON JUAN. Si llego a encontrarle, muera.

DON ANDRÉS. Él llega.

DON JUAN. Ya yo le tiento:

¡Cobarde! Desta manera
recompensará mi acero
los indicios de mi ofensa.

DON ANDRÉS. Muerto soy.

(Dale a escuras don Juan a don Andrés y cae boca abajo, y tápale la boca don Juan con la capa.)

DON JUAN. Cierra los labios;
y si hablar mejor deseas,
boca tienen tus heridas
pues está mi agravio en ellas;

la cara le he de cubrir.

DON ANDRÉS. Advierte...

DON JUAN. En vano te quejas.

DON ANDRÉS. Que yo he tenido la culpa.

DON JUAN. Ya está pagada la pena.

DON ANDRÉS. Pésame haberle ofendido.

DON JUAN. Pues también quiero que sepas
que me pesa darte muerte;

mas perdona, aunque me pesa.

Ya murió, buscar pretendo

a don Andrés; aquí afuera

ha de estar.

(A la puerta Mogicon.)

MOGICON. Abrid aquí.

DON JUAN. Llamando están a la puerta.

MOGICON. Yo le vi saltar las tapias.

DON JUAN. Los dos mi venganza vean.

DOÑA LEONOR. (Dentro.)

Abre, doña Juana.

DON JUAN. ¡Oh cielos!

También mi esposa es aquella:

¿Qué importa? Yo me despecho,

Valencia y el mundo sepa

que di muerte a don García

porque intentó con violencia

violiar de mi honor el templo.

Salen DON GARCÍA con luz, DOÑA LEONOR, DON FÉLIX, DOÑA JUANA, INÉS y
MOGICON.

DON GARCÍA. Engañase aquel que piensa...

DON JUAN. ¡Cielos! ¿qué es esto que miro?

DON GARCÍA. ¡Qué ilusión, cielos, es esta!

DON JUAN. Erré y acerté el castigo.

DON GARCÍA. ¿Cómo tú en mi casa mesma

diste muerte a don Andrés?

DON JUAN. Salté a darte muerte en ella,

y errando la medicina

vine a curar la dolencia.

DON GARCÍA. ¿Cómo?

DON JUAN. Él fue quien me ha ofendido.

DOÑA LEONOR. ¿Quién te lo ha dicho?

DON JUAN. Su lengua.

MOGICON. Las de ogaño y las de antaño
pagó de aquesta manera.

DON JUAN. La traición busca el castigo.

DOÑA JUANA. La culpa busca la pena.

DOÑA LEONOR. ¿Estás satisfecho?

DON JUAN. Sí.
DOÑA LEONOR. ¿Pues qué es lo que ahora intentas?
DON JUAN. Que tan prudente senado
perdone las faltas nuestras.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

